

El Ruedo



Puertas/46

2
Ptas



Alfredo Ibarra
1956

Una chicuelina



El Ruedo

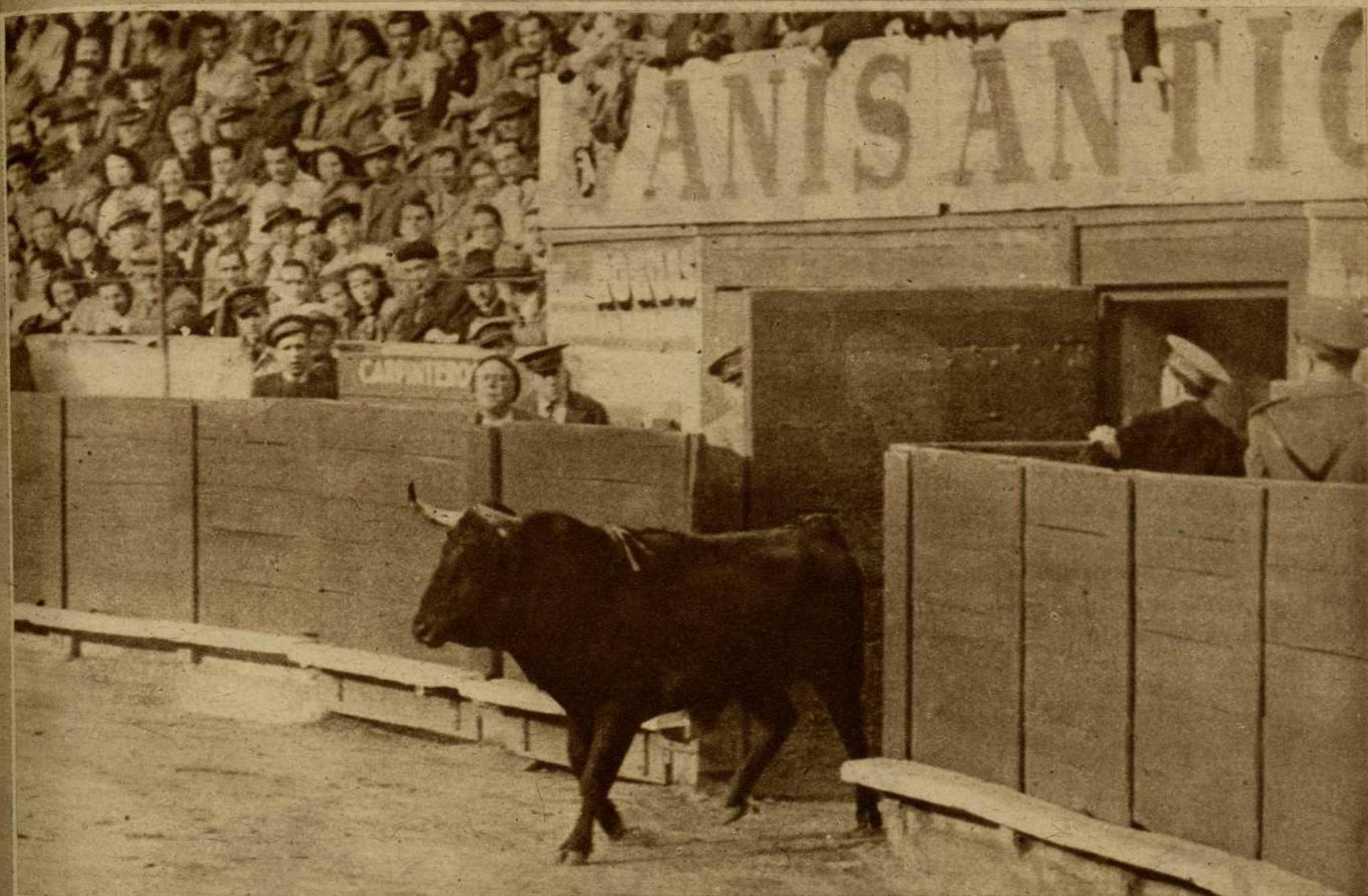
Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 27 de febrero de 1947 - N.º 140



HA salido por los chiqueros el primer toro de la temporada! Iniciemos con todo optimismo nuestro primer aplauso. Dispongámonos a cantar las excelencias de una campaña taurina que, sobre el papel al menos, se presenta tan interesante. Quede atrás el invierno en sus propósitos quiméricos, sus faenas de café y sus dimes y diretes, que luego se desvanecen como la nieve al contacto del sol.

La temporada —aunque no en Madrid— ha comenzado. Se levanta el tabú, y ahora veremos si es verdad eso del toro grande o del toro chico, y si aquel muchacho que tomó la alternativa en el año pasado estaba en sazón o el acto trascendental fué una pura reunión de circunstancias; si los nuevos valores que dieron el estirón van a mantener desde el comienzo el tono brillante con que alimentaron las mejores esperanzas de los aficionados, y si los consagrados están verdaderamente dispuestos a la pelea

para sostener el puesto y el prestigio que legítimamente consiguieron.

Esta salida del primer toro es la mejor ilusión del aficionado. Con la misma con que se va a la Plaza, se anuncie lo que se anuncie, porque unas veces se aspira a comprobar si son ciertos los éxitos de que cualquier torero llega precedido —ahora que muchas reputaciones se forjan en provincias—, y otras, a esperar el indiscutible desquite, si en las corridas anteriores la “cosa” no se dió bien.

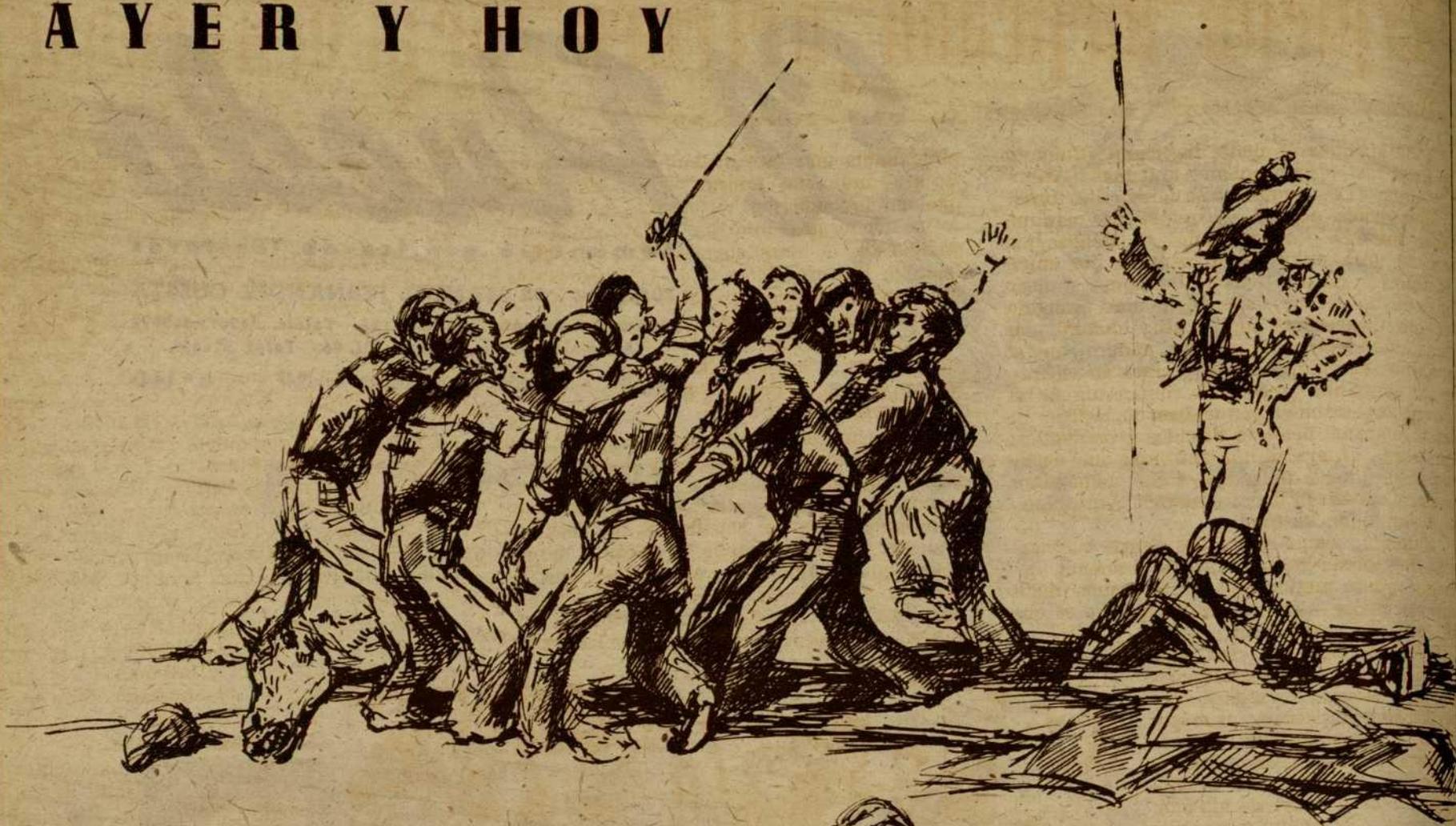
El verdadero aficionado, como el jugador de raza, no se desengaña nunca y espera siempre. ¡Quién sabe! Y aun frente al cartel que, aparentemente, ofrezca menos allicientes, no vacila en acudir, porque a lo mejor en aquella tarde anónima surge ese torero del que luego todos afirmaremos a una que “lo hemos descubierto”. Luego vendrán las inevitables “impurezas de la realidad”: que si los toros blandos de patas; que si los precios; que si tal o cual torero exige tanto y cuanto; que si no quiere alternar sino con Fulano y no con Mengano; que si a unos las Empresas les echan cuatro-

ños, y reserva los cinqueños que sobran de la temporada anterior para los peor situados en el escalafón taurino...; toda la salsa, en fin, de un espectáculo maravilloso, en la que se juega una “postura” tan importante como es la propia vida de los lidiadores.

Mas todavía es pronto para todo eso. Ahora no hay más que la animación; el volver a llenar de luz y de pasión las Plazas, silenciosas durante tantos meses; acomodarse en los tendidos, nunca excesivamente cómodos; aperibir la llegada del presidente; contemplar el paseo marchoso de las cuadrillas y escuchar con alegría incontentida e ingenua a que resuene el clarín y a que se dé suelta al primer toro.

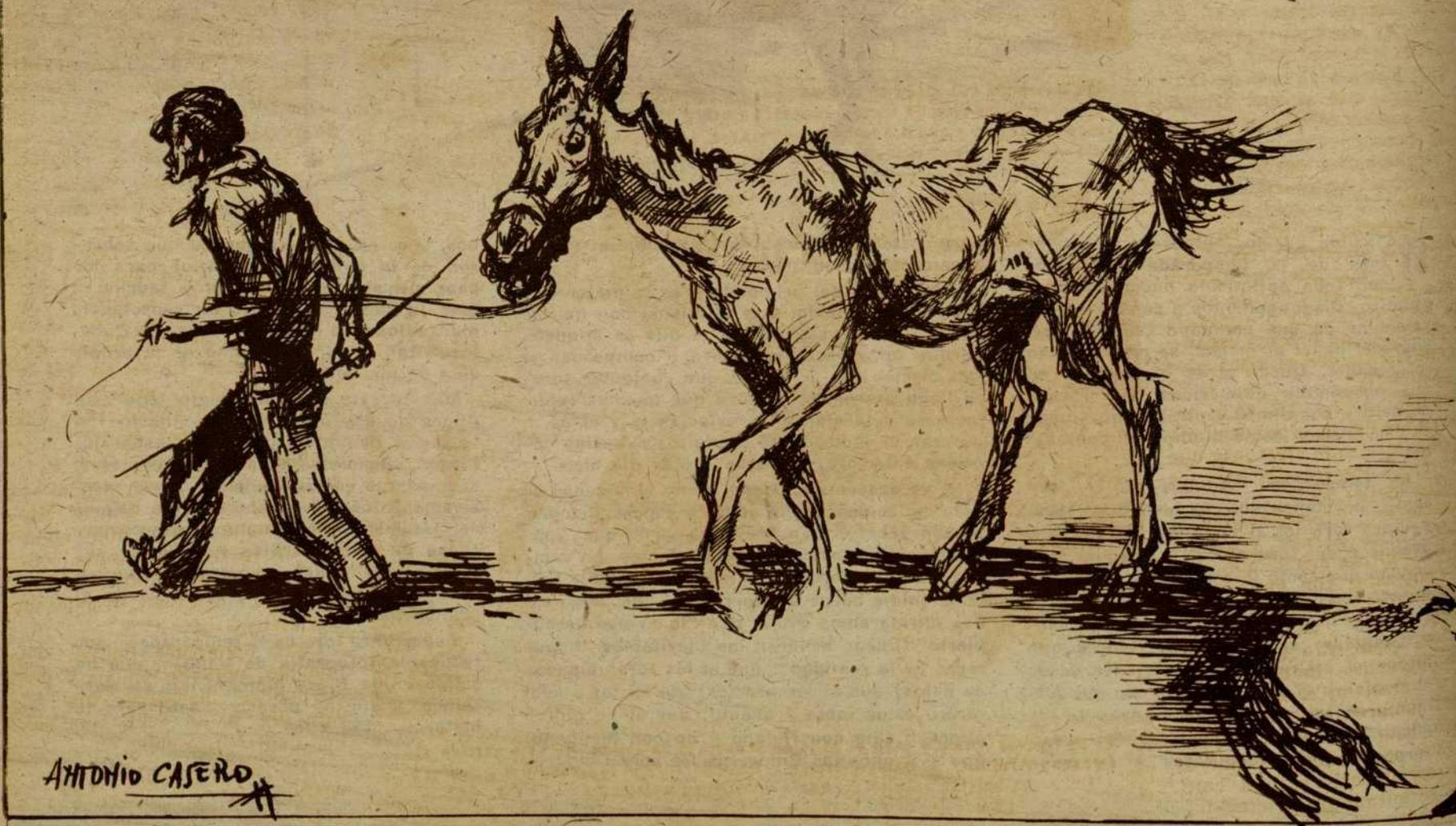
Ese primer toro de la temporada —que recoge la fotografía de Valls—, que ha salido en la Plaza Monumental de Barcelona y que ha pesado —dato para la historia— 189 kilos...

AYER Y HOY



MOMENTOS QUE SIRVEN DE JUERGA EN EL TENDIDO

Quando los pocos monos de la Plaza sacan
de entre los escombros de un derrumbamiento eso
que dicen que es un caballo...



ANTONIO CASERO

El pleito "mejicano", o el cuento de nunca acabar

OJO al llamado pleito mejicano! ¡Cuidado con las «organizaciones taurinas»! ¡Atención a los «entre bastidores» del toreo! Hace pocas noches —y que se nos perdona esta autocita— esbozábamos el peligro que supone para un profano caminar por entre bastidores de un teatro. Veníamos a decir que, de no ser un experto, lo más probable es que tropecemos aquí y allá, cuándo con unas cuerdas, cuándo con un madero; que si andamos descuidados, nos veremos en el trance de sentirnos aplastados contra un muro, porque los tramoyistas acaben de retirar un trasto enorme, lleno de zurcidos y remiendos, que desde afuera se nos antojaba una decoración de líneas delicadas, o que caiga sobre nuestra cabeza la barra metálica contundente de un telón de fondo.

¡Cuidado, según eso, a los «entre bastidores» del toreo! Porque en este problema llamado «pleito mejicano» —ya lo hemos dicho anteriormente— se nos antoja que no es oro de ley todo lo que reluce.

Nosotros, en este caso, nos pronunciamos decididamente por los toreros españoles. Mas no por un patriotismo primario —que, después de todo, estaría en su sitio, como el de la Prensa mejicana, que defiende decididamente los derechos de sus compatriotas—, ni mucho menos por una xenofobia que estamos muy lejos de sentir. No. Sencillamente, por un principio de «soberanía taurina».

¿Cómo no? ¿Pero es que el toreo español, con su historia, con su abolengo, ha llegado al punto, no ya de aceptar el pie de igualdad, sino aun de soportar las imposiciones del toreo mejicano?

Dejemos mencionados dos hechos concluyentes. Con convenio y sin convenio, ¿se ha puesto en España alguna traba a la actuación de diestros mejicanos, peruanos o argentinos? ¿No está bien patente el caso de Carlos Arruza, que, porque triunfó en los ruedos españoles, ha toreado cuanto quiso y al precio que jamás había logrado sino la primerísima figura española de Manolete? Y no sólo eso. ¿No se ha llegado, en uno de esos gestos tan generosos como españoles, a conceder al propio Carlos Arruza, en plan de absoluta hermandad, la presidencia del Montepío de Toreros españoles, que cuenta con muchos años de existencia?

Segundo hecho. ¿No han tenido en las Plazas españolas una acogida aún más afectuosa que los propios toreros del país los diestros mejicanos?

Aparte eso, y descontando al citado Carlos Arruza y alguna novedad ultramarina que está por contrastar con ganado español y en el ambiente español, con la mano puesta sobre el corazón, ¿qué otro u otros toreros mejicanos inducen a pasión y arrastran el entusiasmo de los públicos españoles?

Todo esto del pleito mejicano está poco claro. Y vale la pena esclarecerlo cara a cara, como se miran, sin intermediarios, el actor y el espectador. Los

aficionados que hayan tenido a su alcance Prensa mejicana habrán podido comprobar que en artículos, en caricaturas, en sueltos, se ha hecho gran hincapié en presentar esta temporada a Manolete una competencia a base de Silverio Pérez o de Lorenzo Garza. En algún periódico español se ha reproducido una caricatura, publicada en Méjico, en que Lorenzo Garza aparta a un lado a Silverio Pérez y le dice: «No; tú, no. Este año soy yo el que se encarga de darle «el baño». (A Manolete, claro.) (!)

Todo esto es sencillamente candoroso, si no tuviera un tufillo mitad de megalomanía, mitad comercial. Tanto a Silverio —a éste menos, pero lo suficiente— como a Garza, les conocemos bien en España. Y no obstante esto, los toreros españoles, al llegar a Méjico, tienen que revalidar una alternativa que logran en Plazas tan «poco» calificadas taurinamente como Sevilla o Madrid. Que le pregunten a Pepe Luis Vázquez su amargura

cuando, para poder torear en la Plaza del Toreo, de Méjico, tuvo que resignarse a que le «confirmasen» su ascenso a matador de toros.

No. Indudablemente, este pleito está mal planteado. Y con toda seguridad no por los propios toreros mejicanos. ¿Cómo es posible, si los mejicanos andan por las Plazas españolas como por su casa? Si alguno no torea más —con cupo y sin cupo—, será porque no le contratan las Empresas. Pero eso mismo les ocurre a muchos toreros españoles. Arruza torea todo lo que quiere. Cañitas ha alternado en muchas Plazas con las primeras figuras españolas. Y Fermín Rivera y otros. Si Armillita, en la temporada de 1946, no se vistió de luces más tarde, fué porque él pedía «un dinero» que algunas Empresas no accedían a dárselo. Lo que no ha habido para los mejicanos es «veto» de ninguna clase.

¿Qué se pretende entonces? ¡Ah! En estas mismas páginas de EL RUEDO se han publicado recientemente las andanzas de Luciano Contreras —el «mandamás» de la Unión de Matadores Mejicanos—, en perjuicio de sus propios compatriotas, y en el último número llegado a Madrid del semanario taurino mejicano «La Fiesta» se inserta una carta del mejicano Arturo Alvarez (El Vizcaino), denunciando unas maniobras del señor Algara, a quien allí llaman «el dictador». Por él y por sus concomitancias con algún otro elemento de los que se mueven en la sombra.

¡Cuidado al pleito mejicano! Ni los toreros españoles, ni los mejicanos, tienen por qué ser unos diplomáticos. Ellos ya hacen bastante con jugarse la vida frente a los toros. Y esta es la auténtica verdad. Lo demás..., lo demás se nos antoja demasiado confuso.

¿Quién ha consultado a las Empresas españolas para aceptar la reforma de la cláusula sexta del convenio vigente, a base de que vengan determinados novilleros mejicanos con un número fijo de corridas, a diez mil pesetas cada una? ¿Y por qué plegarse a ese tono terminante de los cables, a ese plazo apremiante de días, diríase que hasta casi de horas, en que se quiere resolver una cuestión sencilla en el fondo, pero que a tantos intereses afecta?

¿Tan urgente era el sí o el no para dejar a esa primerísima figura taurina que es Manolete sentado en el hotel en un día de corrida que tenía contratada? ¿Y a Morenito de Talavera? ¿Y al Choni, después de sus éxitos?

Como queremos hablar «en público», para el público y por el público, pensamos que en esto del pleito mejicano hay que hablar más claro.

¡Ojo, cuidado con los «entre bastidores»...!



En la corrida celebrada en la Ciudad de los Deportes, de Méjico, el pasado día 9 de febrero, un toro de Carlos Cuevas, sustituto de uno de Pastejé, que salió en segundo lugar, y que fué retirado por manso, saltó sobre la barrera y metió medio cuerpo sobre el tendido, dando a los espectadores el correspondiente susto



El de Cuevas cuando cayó al callejón y buscaba la salida. En esta corrida alternaron Armillita, Domingo Ortega y Ricardo Torres; tampoco hubo gente, y la corrida resultó de una mediocridad aplastante (Fotos de «Cifras» y «Estos», de Méjico, exclusivas para EL RUEDO)

LA JUVENTUD reclama su puesto

JUANITO BALAÑA, el más joven rejoneador de nuestro tiempo, en Madrid

Está preparándose intensamente para la próxima temporada



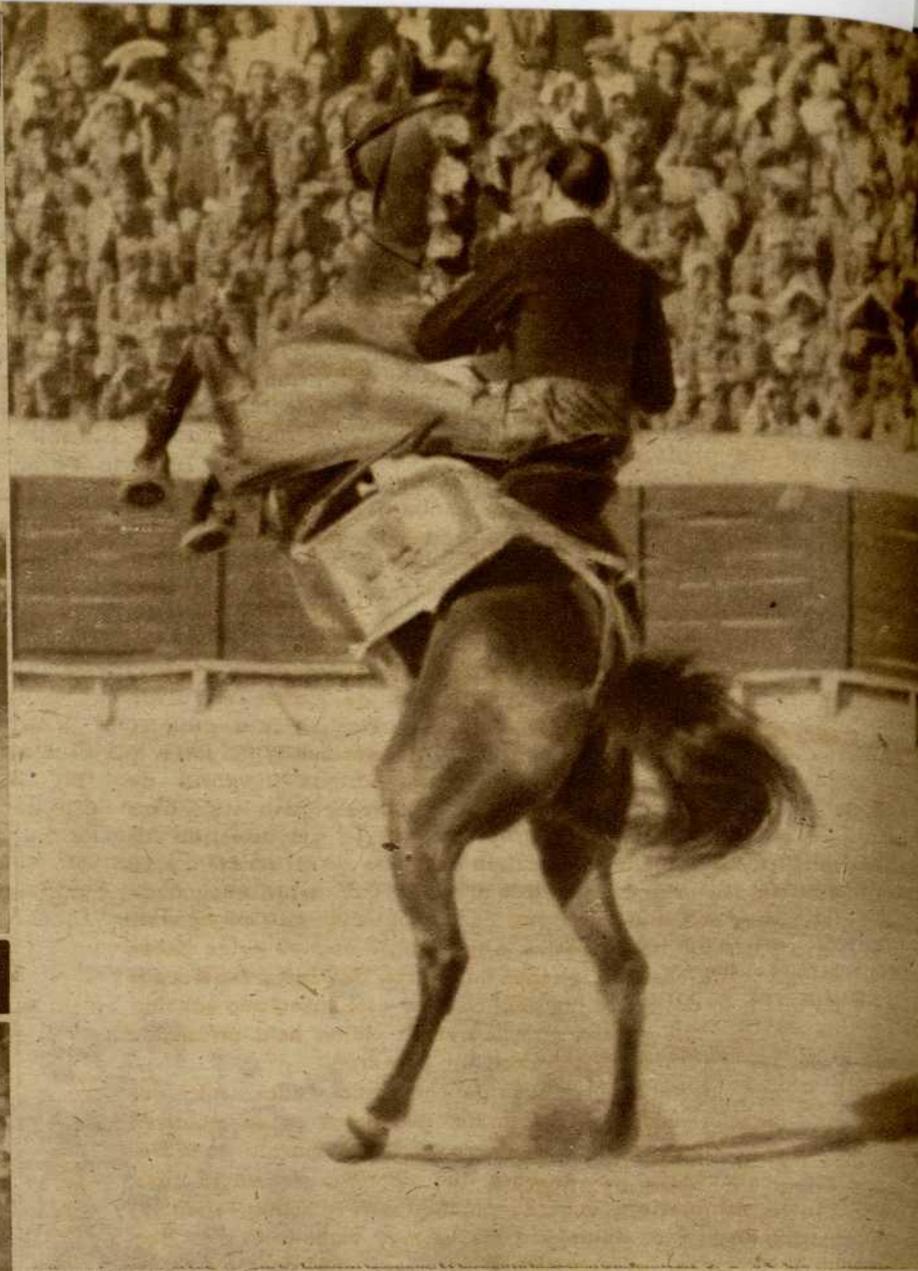
Un gran par de banderillas de Juanito Balaña dejando acercar al novillo de Miura



Otro par de banderillas de Balaña recortando al toro por dentro y dando salida a los medios



El arte inigualable de Juanito Balaña se refleja en este momento, en el que le vemos clavando un rejón



Juanito Balaña, en la hora alegre del paseo...

JUANITO Balaña tuvo la gentileza de visitarnos no hace muchos días. El joven y famoso rejoneador, de paso para Barcelona, se detuvo unas horas en Madrid... y se acordó de nosotros.

—¿De turismo en Madrid?

—No. En Madrid estamos de vuelta de una jira que hemos hecho por distintas ganaderías. Hoy mismo nos marchamos a Barcelona.

—¿Preparándote para la temporada?

—Así es. Durante algún tiempo he estado entrenándome en distintas ganaderías. Como dicen los deportistas, hay que estar en «forma». En las fincas de Arzuza, de don Juan Guardiola, en Utrera, en la que fuimos magníficamente atendidos por don Francisco Cantalejo; en la de Pérez, de Coria del Río...

—¿Cuándo reapareces en los ruedos?

—Exactamente, no conozco la fecha; pero espero que sea muy pronto.

—¿Muy animado?

—Mucho. Mi afición, mi única afición, es esta del rejoneo. La verdad es que me gustaría actuar todos los días.

—¿Crees que el rejoneo gusta al público?

—Lo creo ciegamente. El rejoneo es un arte inigualable y espectacular. El buen aficionado lo desea, y el simple espectador lo reclama con insistencia. En una corrida de toros, el rejoneador pone una nota clásica y bella en la fiesta.

—El éxito del rejoneador, ¿depende de los caballos o del hombre?

—De los dos. Tan necesario es un buen caballo como el temple del hombre que lo monta.

—¿Es necesario que el rejoneador, cuando el toro no muere de los rejones, che pie a tierra y lo mate con la espada?

—Sí. Esto es preciso.

—El arte de rejonear, ¿admite alguna renovación?

—A mi juicio, no. El rejoneo es un arte muy clásico, que se ajusta a unas normas antiquísimas y que no es preciso renovar.

—La preparación de los caballos, ¿exige mucho tiempo?

—Ciertamente, exige mucho tiempo. En realidad, la práctica de esta suerte del toro exige una preparación continua. Hay que cuidar muchos detalles y hay que estar pendiente de todo de una manera personal y directa.

Juanito Balaña consultó su reloj.

—Es muy tarde, y tenemos el tiempo justo para coger el tren.

—Bien, bien... Muchas gracias por tu visita, y otro día hablaremos más largamente de todo esto. Te deseamos mucha suerte en tus actuaciones... y que triunfes, porque te lo mereces.

Juanito Balaña, el más joven rejoneador de nuestro tiempo, se rió alegremente... y no quiso recoger la alabanza que encerraban nuestras últimas siete palabras.

Claro que Juanito Balaña es un muchacho. Y un muchacho sencillo, que no está ensoberbecido por sus muchos triunfos.

El rejón, formidablemente puesto, hace doblar al toro. El rejoneador lo ve caer con alegría, mientras los aficionados juntan sus manos en una ovación larga...

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



PROVISTOS de «gabanes, gabardinas, bufandas y hasta algún que otro paraguas», al decir de un cronista, llegaron los afortunados barceloneses a casi llenar los inmensos graderíos de la Plaza Monumental de su bellísima ciudad, en el primer festejo de la temporada 1947. Entre tanto, ya andan impresos media docena de carteles para el mes de marzo, en diversas Plazas, de espectáculos menores y mayores, y se barajan nombres de diestros y ganaderías para otros en proyectos. En las

tertulias se deshojan margaritas a cuento de si vendrán o no vendrán los mejicanos, mientras saltan cables por encima de los mares con más prisa aún en su contenido que en su vertiginoso transporte, y aunque a la hora de escribir estas líneas no hay nada resuelto, pueden abrigarse bastantes esperanzas de que a la de ver la luz pública todo esté arreglado satisfactoriamente, que es como decir que la última hoja arrancada a la flor habrá coincidido con un «vendrán».

Porque la verdad es que muchos aficionados, entre los que tengo el honor de contarme, pensamos en su momento —cuando sólo era un proyecto rectificar lo ocurrido en 1936— que no convenía, por razones que ahora no hacen al caso, que se estableciera acuerdo alguno entre diestros españoles y mejicanos. Pero ahora la cosa es muy distinta. Con la buena fe de unos, las ambiciones de otros y las no muy claras intenciones de algunos, el intercambio quedó establecido. Vinieron primero aquí los mejicanos; fueron después allí los españoles; se crearon intereses, se reconocieron calidades y se reavivaron afectos; se habló y se escribió con cierta ampulosidad de la ganancia (?) de los públicos, y, lo que es más importante, quedó sancionado por éstos el acuerdo y estaban a gusto con él. Y así las cosas, a aquellos aficionados, entre los que tengo el honor de contarme, a los que nos parecía mal el acuerdo, nos parece ahora peor, mucho peor, un rompimiento, aunque nos sigan pareciendo fútiles esos argumentos de que el arte no debe tener fronteras y de que las competencias son necesarias. A nadie, ni a los mismos que esgrimen estas armas, se le oculta que la presencia en España de diestros mejicanos no es tan antigua como para suponerla consustancial con la Fiesta, y mucho menos necesaria para su existencia. Ninguna de las famosas competencias que la afición estableció en cada momento de los que con harta frecuencia se añoran como los mejores del toreo, estuvo ligada a diestros mejicanos. El auge de éstos en los ruedos hispánicos es una moda que no va más atrás de Rodolfo Gaona, que con Armillita después y Arruza en nuestros días han sido las únicas y auténticas figuras capaces de dar prestigio con su propia fuerza a cualquier temporada taurina.

Y no continuó la divagación en que he caído, no por temor a que me llevase demasiado lejos, sino porque lo que pretendía tan sólo cuando empecé a escribir es que la tem-

porada taurina ha dado comienzo en Barcelona —¡atención, Madrid!—, y lo que sólo quise agregar para final es que la primera efemérides grata de esta temporada prometedora es la oreja que ha cortado el madrileño Antonio Caro.



UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Censura
sanitaria
núm. 3970

JUAN BELMONTE ESTA HERIDO

Sufrió un accidente en su finca de «Gómez Cardeña» cuando acosaba unos becerros. —Más de cincuenta días tardará en curar el famoso torero

JUAN Belmonte está herido, en la clínica de Santa Isabel, de Sevilla. Se hirió hace unos días en su campo de «Gómez Cardeña», al ser derribado por uno de sus caballos. Pero es el propio Belmonte quien nos explica, sin perder su fino y buen humor de costumbre, este accidente:

—Estábamos mi hijo y yo acosando unos becerros en el campo. El terreno, demasiado blando de las lluvias, no estaba fuerte. Al acercarme a uno de los becerros, se revolvió sobre nosotros, y al cambiar de marcha al caballo, resbaló y cayó. No pude, por la violencia de la postura, sacar el pie del estribo, y se me partió el tobillo por varios huesos...

Cuando preguntamos al famoso diestro cómo se explica que le ocurriera este accidente, Belmonte nos contestó así:

—Sin duda, sería que estaba yo envidioso del accidente del duque de Pinohermoso, y yo no quería ser menos...

Alrededor del gran torero hay muchos familiares y un buen número de sus amigos y admiradores. Le acompañan sus hermanos Manolo y Pepe, matadores de renombre en su tiempo; Rafael, uno de los hermanos pequeños, poeta y actor teatral; don Enrique Ruiz, de la Empresa sevillana; Cardeño, novillero de mucho cartel en Sevilla, y a quien Belmonte profesa especial afecto; Juanito Belmonte, Riverito, diario acompañante del coloso, y otros aficionados sevillanos.

Don Antonio Cortés, médico que asiste a Belmonte, nos cuenta detalladamente la fractura, y nos dice que la curación total durará más de cincuenta días, durante los cuales Belmonte habrá de permanecer necesariamente en la ca-



Belmonte, con su hija Lola

ma hasta que cicatricen las diversas fracturas.

La afición del célebre diestro es incontenible. Cuando supo la duración tan larga de su cura, se limitó a decir:

—¡Lástima! Ahora empezamos los tentaderos en mi finca, y yo los hago personalmente. Esto me aleja de la única pasión que me puede: torear.

La estampa de Belmonte en el lecho, rodeado de sus amigos, recuerda viejos tiempos de heroísmo, cuando los toros taladraban su cuerpo de acero, indómito, impávido, y las muchedumbres enardecíanse en gritos alucinantes.

—Menos mal —exclama cuando le dejamos — si para la feria puedo estar en la calle. Aunque sea como espectador, no quiero faltar a sus corridas. Por su historia, por su tradición... ¿Lo comprende?

Quiera que no, aunque trate de esconderlo en su sonrisa, Juan Belmonte tiene dolor de la vida que se ha ido de las manos como un sueño: de su vida de gladiador sobre la arena de los ruedos. Porque este rumor de la gloria no es nada cuando se convierte en recuerdo. Por eso, torea y acosa y de riba. Por eso, cuando vuelve a ser herido, otra vez su indomable temperamento, ya al margen, ya en la orilla de lo que fue, comenta:

—Lo que siento son los tentaderos.

PACO MONTERO

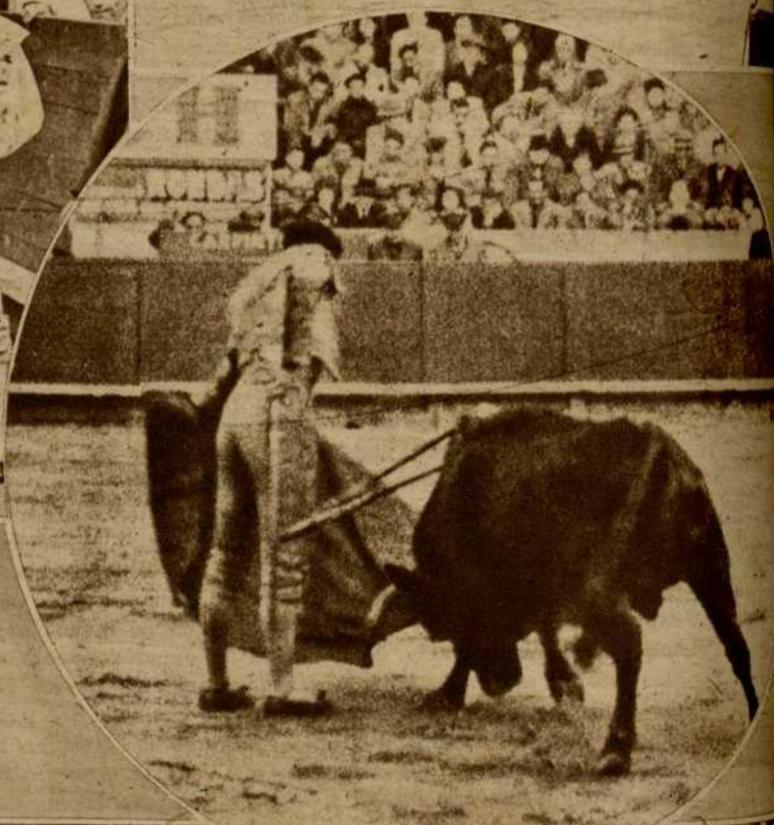
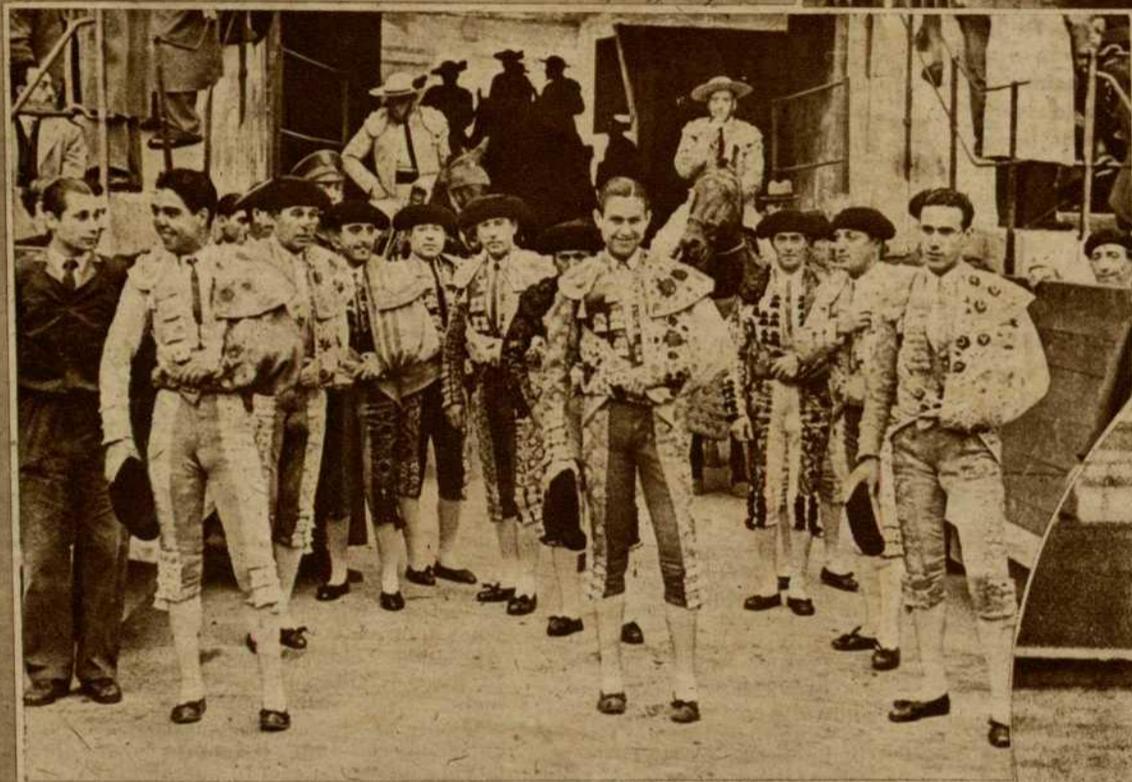
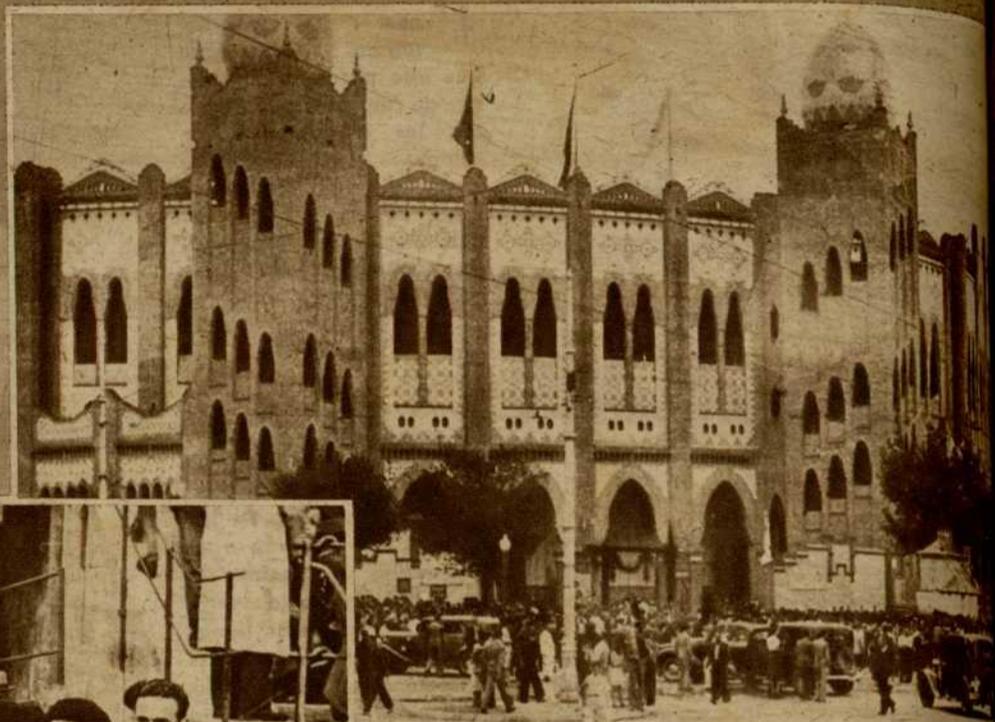


A Juan Belmonte le acompañan, además de su hija, sus hermanos Pepe y Manolo, don Armando Herrera, don Enrique Ruiz y don Amalio Cabezas (Fotos Arenas)

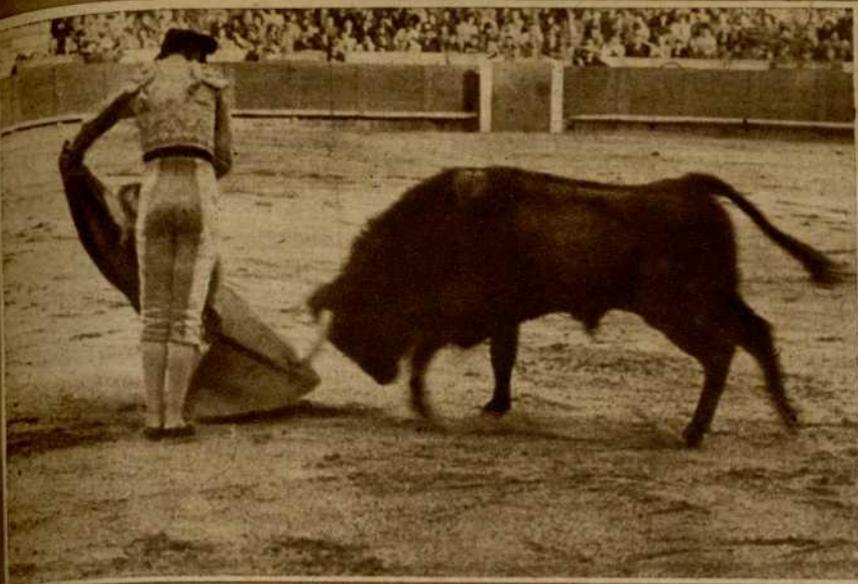
La primera novillada del año se ha celebrado el pasado domingo, día 23, en la Plaza Monumental de Barcelona

PEDRO ROBREDO, ANTONIO CARO y PAQUITO MUÑOZ lidiaron reses salmantinas de don LEOPOLDO CLAIRAC

Ha comenzado la temporada taurina. En la Monumental de Barcelona, Balaña, en cuanto ha podido, se dispone a que ningún otro empresario le arrebatase la ineluctiva. El tiempo, realmente, está todavía desapacible. No obstante, en la Plaza —¡hambre de toros!— hubo buena entrada. Las cuadrillas hacen el paseo montera en mano. Continúa la moda de las cortesías. Antes, los toreros no se destacaban hasta que no les aplaudían...

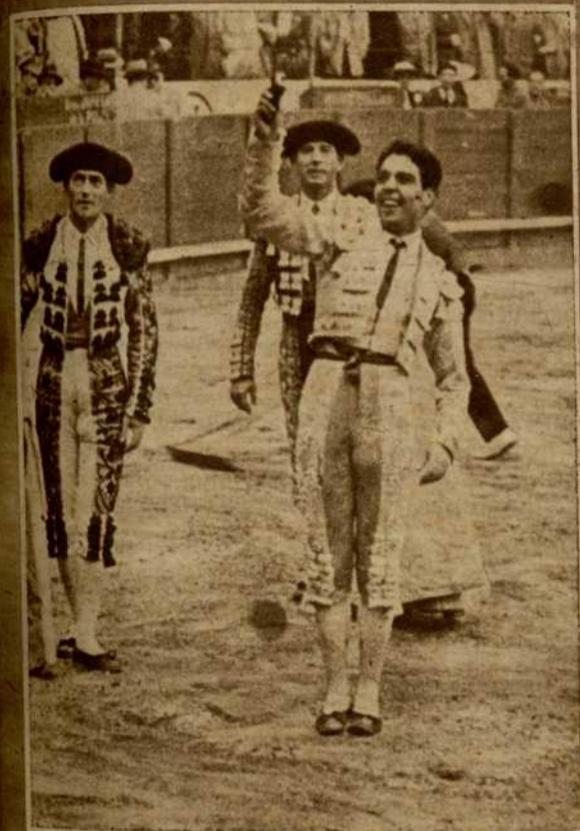


Correspondió inaugurar el curso al novillero bilbaíno Pedro Robredo, que aspira a tomar la alternativa cuando la primavera esté bastante avanzada. He aquí tres aspectos de su actuación, más lucida con la capa y con la muleta que con el estoque. Para deshacerse de su primero necesitó apelar al descabello hasta la sexta vez



El madrileño Antonio Caro redondeó más el éxito. A su primero le saludó con buenos lances, sin cargar la suerte

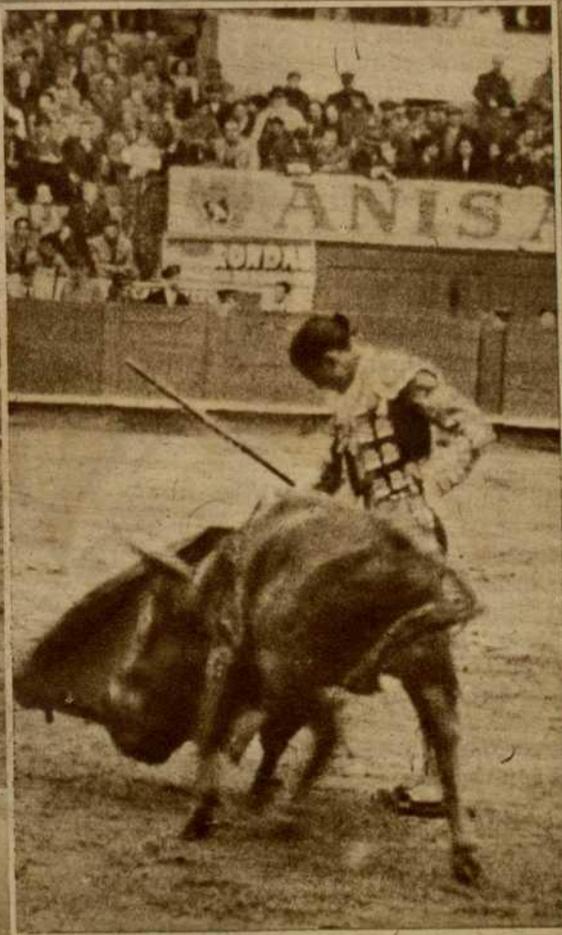
También este año, a juzgar por los comienzos, va a prodigarse ese pase del ¡a mí qué!



En su segundo, Antonio Caro, cuya muerte brindó a la artista flamenca Lola Flores, estuvo lucido, y como acertó con la espada, le fué concedida la primera oreja del año



En la corrida, que transcurrió plácidamente hubo un momento de emoción, al ser enganchado y volteado el Niño de la Audiencia. Por fortuna la cogida no tuvo consecuencias



El tercero en la primera corrida del año fué Paquito Muñoz, que aquí aparece dando una chicuelina, rematando unos lances y en un pase natural con la derecha. Los novillos de esta corrida inaugural pesaron, en canal: 183, 188, 186, 201, 192 y 188 kilos, respectivamente. Los tres matadores brindaron al público la muerte de su primer toro
(Reportaje gráfico de Valls)

LOS "BASTIDORES" DEL TOREO

(G L O S A D E U N A C O N F E R E N C I A)

guen por muchos taurinos con mayor interés que el espectáculo mismo. Los comentarios, que llegan a invadir hasta las columnas de la Prensa, desvenden el misterio de los contratos, su cuantía, los móviles de aceptación o desistimiento, los detalles más nimios, dignos de eterno ol-

vido. Y esta publicidad nos hace asistir a la fiesta como a una función teatral de la que previamente conocemos los trucos, y aun con el inconveniente de ser demasiado audible la voz del apuntador, torpe la labor de los tramoyistas e inoportuna y tarda la acción del traspunte, que da las salidas fuera de toda oportunidad.

En esta disposición de espíritu es imposible poner pasión (la pasión que echaba de menos Casanova) en el espectáculo taurino. Y esta intromisión a la vista de elementos administrativos hace más daño a la fiesta que cien campañas en contra de ella. Con un punto más de decoro en la aceptación de ferias y corridas por parte de los diestros, la fiesta de toros pienso que atraviesa un momento de auténtico apogeo. No importa que a unos guste y a otros no el sistema actual de torear. Lo cierto es que varios diestros lo practican con gran perfección y arrojo, y que el público reaccionaría ante esas faenas y antes esos lances con espontaneidad que hoy muy pocos auténticos aficionados pueden sentir. Y para poner remedio a ello, tan esencial como lo dicho sería el que no viéramos tan al descubierto los «bastidores». Ese entusiasmo espontáneo no podrá sentirse en lo que, por ejemplo, se hable tanto o más de José Flores que de Manolete.

A casos de éstos es a los que, a mi entender, apuntaba la alusión discreetísima de Casanova.

JOSE MARIA DE COSSIO

La conferencia de Manuel Casanova en el Club Taurino Madrileño ofrece al comentario aspectos muy diversos. E intencionadamente digo que ofrece al comentario, porque su forma e intención, voluntariamente alusivas, dejaron en el ambiente el germen de ampliaciones e insistencias que hoy he de intentar tan sólo con respecto a uno de sus puntos.

Fué éste la indicación del inconveniente de que en los espectáculos estén demasiado al descubierto las interioridades, lo que en lenguaje teatral se llama «los bastidores». El primer acierto de esta alusión es el de centrar la fiesta de toros en su género genuino, que es el de espectáculo. El toreo podrá haber sido necesidad de lucha con una fiera, empeño de honor entre caballeros, piedra de toque del valor y la guapeza, pretexto para las artes; pero, ante todo, es un espectáculo, y a salvaguardar el espectáculo han de tender los esfuerzos de cuantos se interesen por nuestra fiesta.

Los toros, como todo espectáculo, necesita su preparación, y aun más que otros, pues en los toros no cabe el ensayo. Es lícito, y siempre se ha practicado, aunque lo ignoren los que sostienen que la fiesta de toros en tiempos pasados era un juego limpio de riesgo y de bravura, en el que los diestros ponían todo su empeño en aumentarlos, el aminorar el peligro, el buscar el lucimiento aun a expensas de la autenticidad, etc. Pero esto tenía ciertos límites, que marcaba el buen sentido de diestros, empresarios y apoderados. Y ello por una razón de egoísmo, pues si de los toros se suprimía la sensación de peligro (aunque el peligro subsistiera), se la restaba uno de los elementos capitales, y pienso que el capital, de su aceptación y prestigio.

Yo, que nunca he usado como argumento contra las costumbres taurinas actuales el recuerdo de las pasadas, no puedo menos de convenir en que en este terreno se ha pasado hoy la raya de lo conveniente y de lo decoroso. Yo he vivido, y bien intensamente, los tiempos que los aficionados melancólicos añoran, y tengo que repetir, porque lo he dicho en muchas ocasiones, que «entonces» se torea-ban también muchos, pero muchos, bichos sin peso y sin trapío. Mas en ciertas Plazas y en ciertas ferias, las figuras del toreo tenían que transigrir con el toro toro, sin rehuir las corridas duras en ellas, ni mucho menos presenciarlas desde el tendido o desde el palco de la Comisión.

Si se lograba rehuir alguna, se combinaban las fechas para que la de su lidia cogiera al diestro toreado en otra Plaza o a algunas decenas de kilómetros fuera de la ciudad en feria. En esto, indudablemente, se ha perdido, y aunque insisto en que la fiesta de toros no ha tenido nunca como normal el tono heroico que quieren hacernos creer, si tenían los diestros la suficiente estimación de su prestigio para no darle el tono contrario. Y todo ello es en perjuicio del diestro, para el que debía tener menos importancia una tarde de mayor o menor fortuna (y siempre la lidia de un toro es una incógnita) que el comentario y el argumento de su fuga del supuesto peligro de deslucimiento. Y digo supuesto, porque, a veces, dichosamente, es la ocasión del mayor triunfo. Una de las mejores faenas de Manolete en la Plaza de Madrid la realizó con un sobrero que nunca hubiera consentido su apoderado el que lo torearía en esta Plaza si se lo hubieran exigido.

Es, pues, innecesario y contraproducente este exceso de administración. Pero lo peor del caso es la publicidad de ella. La administración siempre es algo callado y confidencial, y hasta al más despreocupado le disgusta la publicidad y comentarios de ella. En el toreo, esta administración es la auténtica interioridad de la fiesta, las prendas interiores de que no se puede hablar en buena sociedad. Son los «bastidores» de la fiesta. Y aquí entra la oportunidad de Casanova al aludir a este aspecto de la fiesta hoy en día. Los «bastidores» son más notorios, y se si-



LAS PRIMERAS CORRIDAS "FALLERAS"

Si la Historia, menos desmemoriada que el Tiempo, no se cuidase de retener y fijar toda humana ocurrencia, no sabríamos que todavía es poco profunda la raíz de las corridas «falleras» valencianas.

Constituyen desde hace algún tiempo la nota taurina de mayor resonancia en el mes de marzo y han pasado a representar una nueva feria en la ciudad del Cid; pero aun no puede decirse que pertenezcan a una tradición propiamente llamada, pues su origen solamente se remonta al año 1921, que fué cuando empezaron a celebrarse.

Además, al establecer la costumbre, no fué con carácter definitivo, sino a guisa de ensayo o de prueba, la cual, si se repitió en 1922, tuvo una solución de continuidad que se prolongó durante cinco años, cosa que permitió suponer que se había desistido de conservar el incipiente rito taurino durante las fiestas de San José.

¿Se hubiera pensado en empezar el mismo de no existir entonces un torero valenciano que ascendía rápidamente a las alturas de la popularidad y de la fama? Probablemente, no.

El torero aludido fué Manuel Granero; había tomado la alternativa en Sevilla el 28 de septiembre de 1920 y sus paisanos quisieron contribuir a vigorizar la preponderancia que venía adquiriendo. Si las «Fallas» cobraban de año en año mayor expansión y notoriedad, a la brillantez deslumbradora de sus llamaradas parecía responder el naciente esplendor de gloria de aquel torero violinista a quien algunos impacientes designaban ya como si se tratase de sucesor de Joselito, y puesto que en la ciudad del Turia se disfruta de una primavera anticipada, ¿por qué no dotar a tan bulliciosas y originales fiestas de un matiz taurómico, contando con un diestro que tanto interesaba a la sazón a todos los aficionados españoles?

Y se colgó el primer cartel taurino fallero, anunciador de una sola corrida, el cual decía así: Saleri II, Chicuelo y Granero, y seis toros del marqués de Guadalest. Un cartel que, si era muy bonito y atrayente en dichas calendas, al darle vida en el ruedo produjo un escándalo más ruidoso que el estampido de las tracas que en Valencia se queman en estos días, pues los toros fueron pequeños y mañosos; se devolvieron dos al corral; las broncas no cesaron en toda la tarde; los toreros estuvieron deslucidos y al final de la malhadada fiesta se exteriorizó el disgusto de los espectadores de un modo atroz.

Como puede verse, hubo truenos gordos en la primera corrida «fallera» que la historia registró; pero en el año siguiente, en 1922, siguieron los valencianos haciendo aprecio de lo que pudiéramos llamar «factor sentimental», y como Manolo Granero se había encaramado ya a lo alto de la cucaña



Manuel Granero

Circunstancias que influyeron en su implantación

se hubiera renunciado a dar corridas en tal ocasión, pues cinco años de tregua eran demasiados para suponer que pudiera reanudarse una costumbre que no había logrado la necesaria firmeza al establecerse.

Ahora bien, en 1927 hay dos toreros valencianos que apasionan muchísimo a sus conterráneos: Enrique Torres y Vicente Barrera; los dos toman la alternativa casi al final de dicha temporada, y como aquel «factor sentimental» de que antes hablamos cobra de nuevo un arrebato encendido,

he aquí que en el año 1928 se piensa en celebrar otra vez una corrida «fallera», y no sólo con los dos novales matadores, sino con otro nacido también a la sombra del «Miguelito», con Manolo Martínez, y seis toros de Concha y Sierra, corrida que sentó definitivamente la costumbre que se viene observando, pues en el año 1929 se celebraron ya tres corridas. Y hasta ahora.

Siempre es curioso conocer cómo empiezan y luego cobran auge algunas cosas que quedan incorporadas a un costumbrismo local, y las corridas «falleras» empezaron en la forma que hemos dicho. De donde se saca en consecuencia que su origen estuvo informado por un sentimiento puramente valencianista del que fué promotor el infortunado Manuel Granero y Valls.

Tan valencianista, íntimo, sentimental e infuso fué dicho origen, que, desaparecido tan malogrado diestro, no se pensó en dar toros con motivo de las fiestas «falleras» hasta que, cinco años más tarde, surgieron otros toreros de la «terreta» que también acertaron a rizar la superficie del mar taurino valenciano.

Tales corridas han adquirido gran importancia en el curso de cuatro lustros y en ellas obtuvieron la alternativa varios matadores de toros, como el Estudiante, en 1932; Fernando Domínguez, en 1933; Madriñeño, en 1935; Jaime Pericás y Venturita, en 1936; el Andalúz, en 1942, y Valencia III, en 1943. Se trata, además, de una feria taurina en el mes de marzo que no tiene semejanza con otra alguna, debido al maravilloso espectáculo que la quema de las famosas «Fallas» ofrece, y, sobre todo, de una ciudad bella, acogedora y simpática que, si se

duce en seguida al forastero por su clima y su luminosidad incomparables, hace que en estos días, singularmente, adquieran pleno sentido aquellas palabras de Cervantes, cuando, al encomiar a la misma en su novela ejemplar «Las dos doncellas», nos habla de la «grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos y, finalmente, de todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa».

No puede decirse que fuera tacaño el Príncipe de los Ingenios al hacer el elogio de la gran capital levantina.

DON VENTURA



Chicuelo



Saleri II



La Plaza de Toros de Valencia

taurina, se celebró una nueva corrida el día de San José con Varelito, Chicuelo y el referido diestro de la tierra, los cuales dieron muerte a tres toros de Moreno Santamaría y otros tres de Sánchez Rico, no sin que a tal corrida precediera una novillada efectuada el jueves, día 16, con Gallito de Zafra, Chaves y Algabeño (hijo) y seis reses de don Alipio Pérez T. Sanchón.

Pero Granero murió trágicamente en Madrid el 7 de mayo de aquel año 1922, y ya no se celebró en 1923 corrida alguna en Valencia con motivo de la quema de las «Fallas». Ni en 1923, ni en 1924, ni en 1925, ni en 1926, ni en 1927. Parecía como si

TOROS, TOREROS, CATEDRATICOS Y LIBROS DE TEXTO



Luis Gómez (El Estudiante)



Victoriano de la Serna

QUE aspecto de la vida nacional no está en relación con la fiesta de toros? Pese a los esfuerzos deportivistas, las corridas de toros son las que nos valen: las llevamos en la medula, y a cada paso y en cada frase del lenguaje nos salta un similitudino para que no olvidemos que la corrida

Es una fiesta española que viene de prole en prole, y ni el Gobierno la sabotea ni habrá nadie que la «abole».

como dijo «cierto» sainetero, cuyo nombre, en este momento, me es «incierto», y no es cosa de detener la marcha de la máquina para ir en busca del dato erudito.

¿Podía darle un quiebro a esta relación de la Fiesta Nacional con la vida estudiantil, la vida de la Enseñanza, en cualesquiera de sus grados, elemental, medio o superior? Claro es que no. Y si pensamos que hay muchos toros que «saben latín» con más profundidad que algunos profesores de la asignatura, y si recordamos los tópicos viejos de viejos revisteros cuando nos aseguran que algún espada manejó la muleta «como un catedrático», o el público nos acompaña en esta información cuando pide que banderilleen «los maestros», o algún espectador sabihondo exclama que Fulano entró a matar «como mandan los cánones», llegaremos al acuerdo de que, efectivamente, es íntima la relación antedicha, en el supuesto de que vosotros, lectores y amigos, y yo, humildemente a vuestro servicio, estuviéramos desacordes como cualquier vocalista y los profesores músicos que le cencerrean el acompañamiento.

Si nos fijamos en la historia torera, o en la realidad actual de las Plazas de Toros, nos tropezaremos con un numeroso grupo de «Estudiantes» con ternos de luces; grupo que se aumenta a partir de la excelente calidad profesional de Luis Gómez Calleja, matador de toros, en descanso durante la temporada anterior, a quien los escolares, aún los de preparatorio, habrán considerado como un compañero más que da categoría a los que estudian. Este Luis Gómez Calleja es, indudablemente, el que ha dado más fama al remoquete, y con perfecto derecho a ostentarlo, como nacido en Alcalá de Henares, ciudad de gran abolengo para la historia universitaria española, y por ser bachiller y perito mercantil, además de matador de toros desde 1932

misma época era un picador de Huesca, Santiago Villanúa, de familia acomodada, que comenzó a darle estudios a Santiaguito; pero éste se hizo picador y cómico; en fin, todo lo que supusiera poco estudio sujeto a reglas y horarios. En 1913 toreó en Valladolid, donde había nacido, Francisco Díez Durruti, matador de novillos a cambio de haber sido estudiante de Medicina. Tampoco cuajó en la profesión. De un Francisco Rodríguez, Estudiante también en los carteles, apenas sabemos que no sabemos nada. Y actualmente, como final de la serie, existen dos Estudiantes: Facundo Rojas, cordobés, y Pedro Mesa, castellano. Siquiera de estos Estudiantes repetidos ya no os puedo decir si fueron estudiantes de verdad o lo fueron al abrigo de la fama conseguida para el alias por el Luis Gómez complutense.

Sería injusto, en este artículo en que relaciono la enseñanza con el toreo, no citar a Victoriano de la Serna, que actuaba de matador de toros sin abandonar sus estudios de Medicina, con patrióticos servicios durante la Guerra de Liberación en un hospital de Pamplona. E injusto también no citar a don José Mediavilla Liñán, alicantino, quien siendo catedrático de Francés en el Instituto de Figueras a fines del siglo pasado, se lanzó a los ruedos, quedó como «un profesor» y hasta «tomó» un cornadón de los que se llaman «de caballo», que estuvo a

Pero este Estudiante no es el primero de los «estudiantes» con coleta, en orden cronológico. El primero es del siglo XVIII, con nombre y apellidos ignorados, y citado por Daza como el «Estudiante de Fuensaldaña» (Valladolid). Daza fué el autor del libro titulado «Precisos manejos y progresos condonados en dos tomos. Del más forzoso peculiar del Arte de la Agricultura que lo es el del Toreo», copiado en 1778. Existe otro Estudiante, llamado Frutos Blázquez, de Avila, que de estudiante de Medicina pasó a novillero por el año 1886, se convenció de que su camino no estaba por los ruedos, continuó la carrera y se hizo médico. De la

villadas modestas conseguidas en malas condiciones. Sexto de la carrera de Derecho estudiaba yo, cuando de unos paseos por los claustros universitarios nació la idea de organizar una becerrada estudiantil y benéfica. La comisión organizadora, en la cual no figuraba —podéis suponerlo— ningún actuante como lidiador, fué a una ganadería y eligió unos novillos que hoy pasarían en una corrida de toros para una población de esas en las que no hay tranvías. Eran unos novillos preciosos, pero poco aptos para menores. Como banderillero en la prueba previa, fué elegido un estudiante de Medicina —hoy médico en Zaragoza— que no sabía hablar sino de toreros y de toros, siempre con el gabán a guisa de capote para marcarle una media verónica a un bedel o a un compañero de «buena embestida». En los días precedentes a la becerrada, se le agudizó la fiebre de su afición endémica y «se comía los becillos» de puro bravo que estaba el chico. De la fiesta iba a salir un nuevo Frascuelo. ¡Lo veríamos! Y no vimos nada. Perico —se llama Perico— salió al ruedo hecho un torerazo, sin falta de detalle: guayabera, pantalón abotinado, corbata y faja torerisimas y una gorrilla sandunguera que partía los corazones de las señoritas presidentas. Saltó al callejón después del paseillo, esperó su turno, y su turno no llegó. Se le escapó, seguramente, «por la corbata», como la carambola al jugador que no precisa. «¡Perico; que salga Perico!» —solicitaban los compañeros desde el tendido—. Y nada; Perico estaba sordo. Salió un novillo, y otro, y otro, y el valiente banderillero se quedó sin desflorar. Con su gorrilla sandunguera, su pantalón abotinado, sus cabos toreros y su guayabera, volvió a la casa de huéspedes tan bonito como había salido, sin un jirón ni una mancha de baba del novillo.

La masa estudiantil, a los días siguientes, le increpaba en cuanto le veía, con alusiones a sus bravatas:

—¿Y para eso te has pasado la vida hablando de toros?

—Pero, vosotros, ¿no os fijasteis bien en los novillos? ¡Treinta arropas! ¡Y qué cuernos! El que me correspondía a mí, hasta tenía el pelo «riza»...

—Y tú, claro, para ponerte a tono con él, te metiste en el callejón, y allí te hiciste «la permanente»...

¡Ay! Si en las becerradas estudiantiles hubieran marcado la pauta los Pericos de toda época, ¡con qué pocas líneas hubiera llegado al momento de tener que poner la firma!—

DON INDALECIO

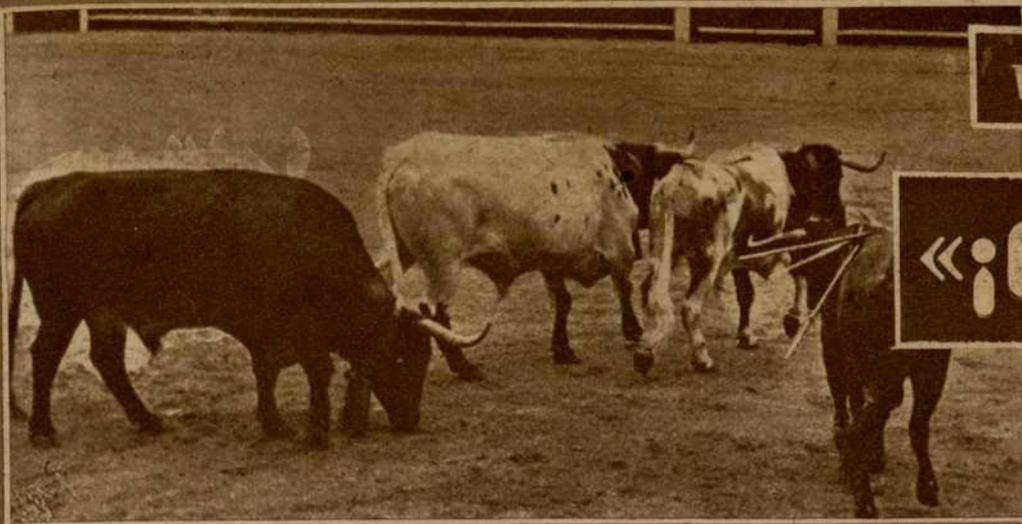


Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares

EL TORO BRAVO

Obra nueva, del Sr. Fernández Salcedo, primorosamente editada con láminas a todo color, 40 pesetas.

LIBRERIA AGRICOLA. Fernando VI, 2. MADRID



«¡COJO! ¡COJO!»

Por sistema y diversión se grita en bastantes ocasiones: «¡Cojo! ¡Cojo!» Y aun después de banderilleado es retirado el toro al corral para ser sustituido por otro... peor



Corrida recién desenjaulada, mostrándose los animales tristes, cansados, encogidos, febriles y con sus manos y patas entumecidas. Muchos toros como éstos, que salen a la arena sin un prudencial descanso, provocan numerosas protestas fáciles de evitar

menos, suponiendo que un bicho así debía ser de la peor calidad.

—¡Burracol ¡Burracol ¡Fueal ¡Fueal...

Y la algarabía, con caracteres tumultuosos, cundió por todos los rincones de la Plaza, llegando airadamente al balcón presidencial.

—¡Burracol ¡Burracol—clamaba el gentío, solicitando la sustitución del animal

Y el presidente, contagiado, asimismo, por los clamores de la excitada multitud, sacó rápidamente el pañuelo verde, diciendo al propio tiempo a quienes con él compartían el antepecho del palco: «Tienen razón los que berrean. Ese toro no sirve. ¡Al corral! ¿No ven ustedes que es burraco...?»

Considero legítima la protesta —confesando que soy el primero en iniciarla— ante la carencia de respeto y trapío de las reses, o cuando ostensiblemente manifiestan inutilidad y defectos que rebajan sus facultades mermando su poder combativo. Pero tomarla como norma y por divertimento, no sólo es contumaz arbitrariedad, sino ilegal acto de pésimo aficionado.

Desde luego, la cojera está incluida en la tabla de inutilidades del toro de lidia, siempre que provenga de enfermedad, como la fiebre aftosa o glosopeda, de contusiones, fracturas, etc. En la mayoría de los casos no existen tales cojeras, que el obsesionado y sugestionado público ve en los toros. Se trata, a lo sumo, de entumecimiento de extremidades, de malestar a consecuencia del largo encierro en las jaulas, de calambres transitorios, etcétera, que desaparecen al calentarse los bichos durante la lidia.

Hay una Plaza en España, concretamente, Sevilla, donde se rinde al toro fervoroso culto. En ella se valora, aprecia, mide y observa atentamente al nervio del espectáculo en sus varios aspectos. Se examinan sus formas, se analizan sus condiciones y se gradúan su bravura y poderío. Pues bien: en Sevilla raramente se escucha el soniquete, ¡cojo!, ¡cojo! Y si por casualidad surge en los tendidos y aparecen los bueyes en la arena es porque el bicho es cojo de verdad.

Ordinariamente se confunde por esos ruidos, incluyendo al de Madrid, la auténtica cojera con lo que, sencillamente, es una cosa accidental. Numerosos toros fueron rechazados por el público estimando que eran cojos, y al sostener la Presidencia —debidamente asesorada— lo contrario, llegaron al final sin renquear ni acusar dicho defecto.

Una de las causas que más perjudican al estado general del toro suele ser el viaje, en el estrecho recinto del cajón. Animal de temperamento nervioso, sufre y se excita en su encierro, patealea sobresaltado al menor movimiento, o al trepidar la plataforma sobre la que se le conduce, y al ser puesto en libertad abandona la jaula molesto, entumecidas sus extremidades, triste, atontado, encogido y con lo que, técnicamente, se denomina «fiebre de transporte».

Si no se considerara letra muerta la cláusula consignada por los ganaderos en sus contratos, de que los toros habrán de salir de la dehesa «con la anticipación suficiente para que estén de descanso en los corrales de la Plaza donde hubieren de lidiarse, por lo menos tres días enteros, o sea, sin contar aquel en que se desencajonen ni el día de la corrida», de otra forma cumplirían las reses. Demasiado bien se portan los animalitos, saltando, en infinidad de casos y después de penoso viaje, desde la jaula a la arena.

—¡Cojo! ¡Cojo! ¡Fueal! ¡Fueal!

¿Y para qué? Para, en conclusión, tras absurdo e improcedente quirigay, salir perdiendo en los cambios.

AREVA

NO todo el público que hoy día acude a las Plazas de Toros lo hace por verdadera afición al espectáculo más serio y emocionante de cuantos existen. Un elevado porcentaje toma asiento en las graderías, al igual que pudiera efectuarlo en otro cualquier sitio, con el exclusivo objeto de pasar la tarde y el ánimo predisposto a la broma y la algarabía. Y esta masa espectadora, ingenua, alegre, sugestionable y sin criterio propio, es el torrente avasallador, la fuerza motriz, el juez supremo que, a veces, se impone sobre toda razón y toda lógica, sin importarle un ápice los preceptos reglamentarios ni la tradicional seriedad de la fiesta.

No criticamos las naturales expansiones de alegría y contento ni su contrapartida de desagrado o protesta, pues, en definitiva, éstas y aquéllas constituyen la sal del espectáculo. Pero es el caso que en bastantes momentos esa masa de público impresionable obra a impulsos de una sugestión o al dictado del temperamento exaltado de algún sabihondo, y al hacerse eco de sus voces trastorna la normal marcha de la lidia, cambiando radicalmente el rumbo de la corrida.

«¡Cojo! ¡Cojo!», es el grito de guerra sistemáticamente lanzado al aire por cuatro o seis gargantas de eternos protestantes cada vez que un toro, por cualquier accidente pasajero —o sin él—, arrastra una pata, dobla una mano, sufre un calambre, o por la forma de tomar los prime-

ros capotazos se le cataloga de «contraestilo» para el espada de turno. Y el coro, deseoso de jolgorio, sin parar mientes en la utilidad o inutilidad del animal, por automático ramalazo de colectiva sugestión, repite incansable y atronadoramente: «Cojo! ¡Cojo!».

Cuando presencio tan infundadas escenas de alboroto —desgraciadamente, un día sí y otro también— recuerdo cierta anécdota que, viniendo en este caso como anillo al dedo, refleja esa sugestión colectiva que se adueña del público mal preparado, forzándole a seguir, casi siempre de buena fe, la trayectoria marcada por cualquier extravagante u osado vocinglero.

Se celebraba en cierto pueblo la corrida anual de feria. De los bichos enviados por el ganadero había uno salpicado, que se jugó en cuarto o quinto lugar. El festejo discurría a satisfacción de los sencillos lugareños y feriantes, quienes, con sano regocijo y entre trago y trago de la respectiva bota, jaleaban entusiasmados cuanto acontecía en el anillo. Mas tocó el turno al salpicado, toro bravo y de trapío, y la simple exclamación de un inocente aldeano, al decir que el toro era burraco, trocó la anterior placidez en el más espantoso aquelarre. (Sabido es que al cornúpeto de pelo negro con manchas blancas se le llama por algunos sitios burraco.)

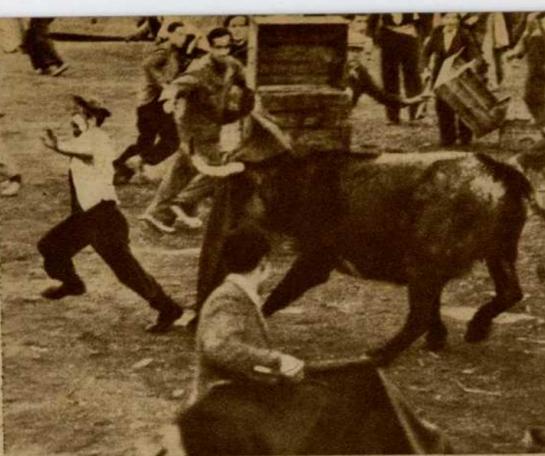
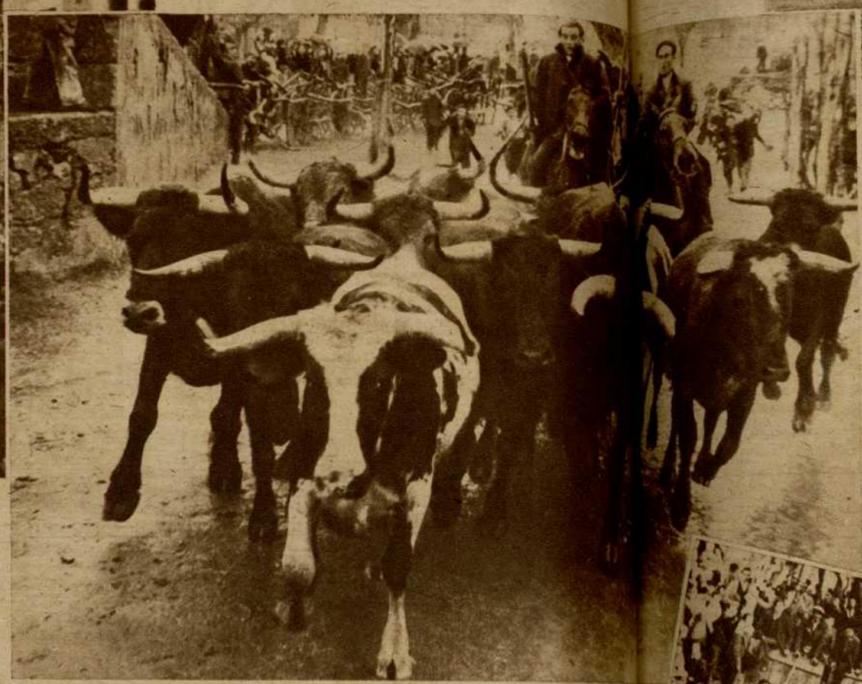
—¡El toro es burraco!—gritaron varios energú-

LOS CARNAVALES TORINOS EN CIUDAD RODRIGO

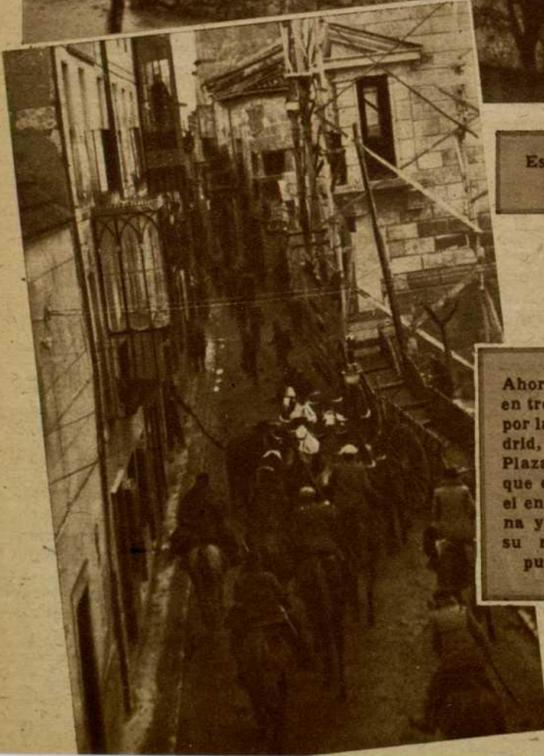
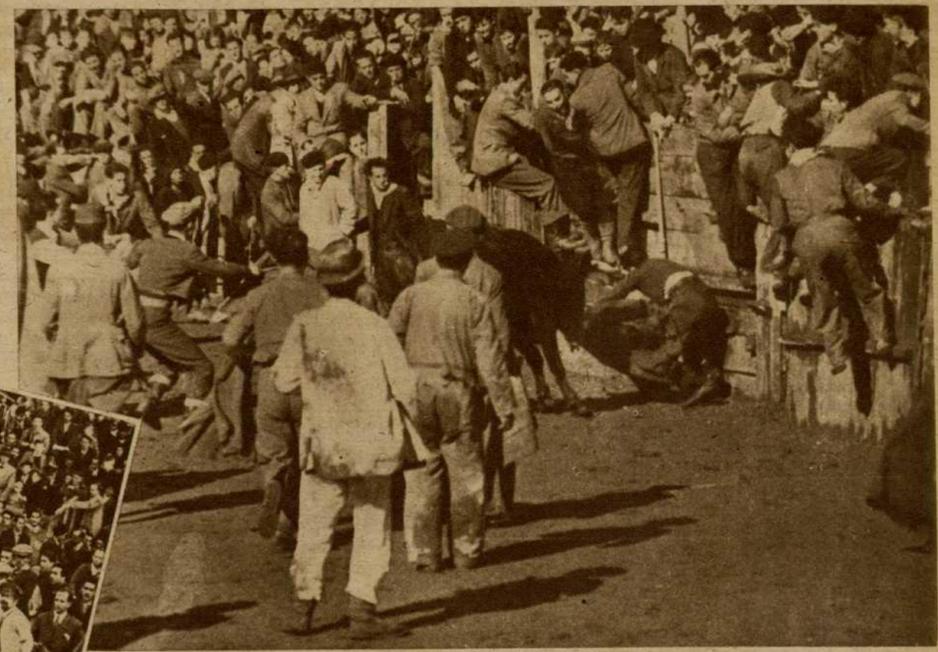


«Tres días de toros, mañana y tarde, indican que la bellísima Ciudad Rodrigo sabe echarle rumbo y alegría a sus tradicionales festejos carnavalescos taurinos». «Abierto el toril, instalado en los bajos del portentoso Ayuntamiento...»
(Díaz Cañavate, en EL RUEDO)

El encierro antes de su entrada en las calles de la ciudad. Junto al puente levadizo, trescientos o cuatrocientos muchachos les esperan...

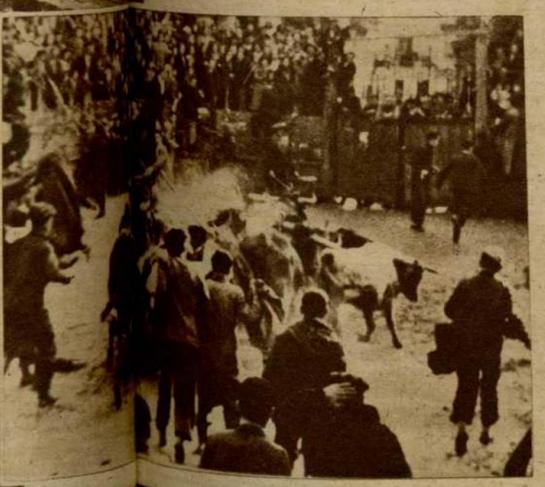


Diferentes aspectos de las capeas. El toro es grande y astifino; pero todos lo acosan y le desafían. A nadie amedrenta. Capotillos descoloridos, muletas remendadas, chaquetas, blusas, trozos de sacos flamean...



Escapada de los toros —¡toros!— durante el encierro. Los garrochistas —puros aficionados— acuden a encamarlos

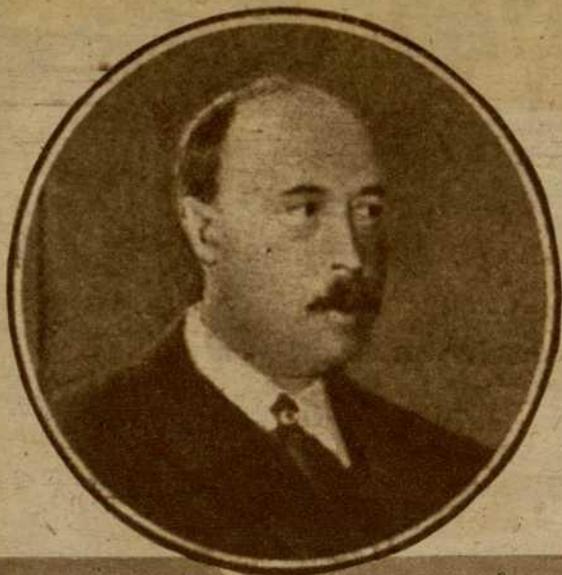
Ahora, los toros, en tropel, avanzan por la calle de Madrid, camino de la Plaza Mayor. Igual que en Pamplona, el encierro apasiona y congrega en su recorrido al pueblo entero



El encierro en la Plaza, confundidos los toros con los hombres...



Un «des-encierro» cuando la capea acaba, la lluvia comienza y la llamada a la plaza termina el jolgorio...
(Reportaje gráfico de Prieto)



Don Antonio Sáez en la época que Guerrita monopolizaba el interés de los públicos

HALLASE en período agónico este mesecito de febrero, que pasado por agua nos ha traído el año en curso, y en el que los canes no tuvieron necesidad de situarse a la sombra, quedando por esta vez en ridículo el popular adagio.

Vamos, dentro de pocas horas, a entrar en el de marzo, cuyas intenciones primaverales desconocemos; se aproxima la temporada taurómaca, y aun no se sabe, cuando trazamos estas líneas, si la Empresa del monumental coso madrileño continuará poniendo en circulación el conocido sistema, carnet-reserva de localidades, o si desenterrará el abono a un número determinado de corridas.

No es mi propósito emitir mi modestísima opinión sobre el beneficio que cualquiera de dichos procedimientos puede reportar al aficionado, o proporcionar mayores utilidades a la anónima Sociedad arrendataria del inmueble taurino.

Lo que sí he creído conveniente, y el dilema referido me ha sugerido la idea, ha sido entrevistarme con el más antiguo abonado al circo de la carretera de Aragón, haciéndole diversas preguntas.

De todos los aficionados que hace más de cincuenta años constituyen en Madrid la cátedra taurina, es don Antonio Sáez uno de los supervivientes más entusiastas del viril espectáculo.

Famoso industrial del ramo de zapatería, tuvo diversos establecimientos en los más céntricos lugares de la capital, y hoy disfruta de una desahogada posición, conservando, a pesar de sus ochenta y seis otoños, una maravillosa memoria.

Conocido por el Zapatero, don Antonio era en los medios taurinos —que ahora no frecuenta por su avanzada edad— una indiscutible autoridad, siendo respetadas sus opiniones por los más significados taurófilos; es un verdadero arsenal de anécdotas y uno de los pocos testigos de la alternativa de Salvador Sánchez, Frascuelo, fasto acaecido el 27 de octubre de 1867 en la primera Plaza de mampostería construída en la villa, que, como no deben ignorar nuestros lectores, hallábase en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá.

En su domicilio de la calle del Cardenal Cisneros, enclavada en lo que antes fué arrabal, más tarde pueblo y hoy distrito de Chamberí, nos recibe amablemente el viejo aficionado, que no hace muchas horas acaba de regresar de Alicante, donde, como todos los años, pasa la estación invernal.

—Don Antonio, ¿desde cuándo empezó usted a ir a los toros?—le preguntamos.

—Desde muy niño, porque mis familiares eran muy aficionados y me llevaban a todas las corridas —nos contesta—. He conocido, y en ellas me he sentado —continúa—, las tres Plazas madrileñas. La de la Puerta de Alcalá; la últimamente derribada, de inolvidables recuerdos, y la actual Monumental, llamada de las Ventas, y que yo denomino de los Cuatro Vientos, por el mucho aire que constantemente reina en ella.

He conocido también, por consiguiente —prosigue—, la elegancia de Lagartijo, la finura del madrileño Cayetano Sanz, las habilidades, toreando y bando, de del Gordo; los volapiés de su competidor, el Tato; las formidables estocadas de Frascuelo; las desigualdades de Currito, y, desde aquellos remotos tiempos, a todos los coletas, grandes, chicos y medianos.

—Muy bien, don Antonio. ¿Usted es el más antiguo abonado a nuestra Plaza?

—En efecto, el más antiguo; y si es cierto, como se ha dicho, que la Empresa va a abrir un abono

El abonado número uno de la Plaza madrileña

Ha cumplido ochenta y seis años; cree que no habrá abono, y su mayor alegría es haber recobrado la vista para seguir presenciando corridas de toros

por cinco o seis comidas, haré valer mis derechos, pues son tres los talones que obran en mi poder.

—¿Considera usted beneficioso para los aficionados en general el abono?

—Sinceramente, no. Dado el precio que tienen los toros, los honorarios que cobran los toreros y los crecidos impuestos que gravitan sobre el espectáculo, el precio de las localidades no está al alcance de todas las fortunas, y a muchas personas les va a ser muy difícil desembolsar de una sola vez el importe de los billetes para varios festejos.

—¿Y si los dan a plazos, como los muebles y las prendas de vestir?

—Ni aun así. Además, los tiempos han cambiado mucho. Hace años, para los matadores de toros era un honor figurar en el abono madrileño, y las Empresas provincianas tenían en cuenta tal hecho para contratar a los diestros.

En los carteles del abono aparecían los nombres de las figuras que no tenían inconveniente en prodigarse ante la afición madrileña; pero en la actualidad, los toreros más encopetados se dejan ver de higos a brevas, y como usted comprenderá, no van a hacer tal abono con diestros de segunda y tercera fila.

—Entonces, ¿volverá de nuevo el consabido carnet?

—Así lo creo, porque la Empresa tropezará con grandes dificultades y tendrá que desistir de sus buenas intenciones, si con éstas pretendía favorecer a los aficionados.

Al señor Sáez, que no muestra el menor cansancio, le complace mucho esta conversación, tan a tono

con su afición, y nosotros aprovechamos el momento para derivar la charla sobre otros aspectos de la Fiesta.

—¿Su opinión respecto al toreo de hoy?—le preguntamos inopinadamente.

Se repone, y nos contesta así:

—Hoy se torea sólo a toro «arrancado». El toro debe dominar y mandar en el toro, como en sus tiempos lo hicieron Guerrita, Quinito, Ricardo Bombita, Joselito, Vicente Pastor, y más tarde, Belmonte, Marcial y Ortega.

—Pero, ¿no hay más belleza en la forma de hacer el toreo hoy que antaño?

—Desde luego; pero no existe pelea, no se ve lucha entre el hombre y la fiera. El toro, bueno, el medio toro o el toro de estos tiempos, con su arrancada por derecho, pone el ochenta por ciento.

—¿Completamente de acuerdo!

—Cuando en las Plazas aparecía el toro con los cinco años y mayor respeto en la cabeza, se hacía de «sentido», y al buscar refugio en las tablas para defenderse en ellas, allí tenía el torero que torearle y matarle. ¡Como lo hacía Salvador, como Vicente Pastor y como últimamente lo hizo Belmonte con el último toro que lidió vestido de luces en la actual Plaza!

—¿Y de la estocada?

—¡De eso, ni hablar! La suerte de matar cedió el paso al toreo de muleta, y sólo de vez en vez vemos un bovino excelentemente estoqueado.

Nosotros, los aficionados viejos, no somos partidarios del toreo con los pies juntos, y nos agrada, cuando el toro no va «encarrilado» por el tercio hacia el torero, sea éste el que busque, desafíe y luche con la res, con arreglo a lo establecido en el arte.

—Muy bien, don Antonio. Veo que es usted un buen aficionado, como en sus tiempos pasados un excelente zapatero.

—Pues no lo tome a broma; pero los más finos y elegantes lidiadores fueron zapateros hasta que cambiaron la lezna y el tirapié por la muleta y el estoque.

Cayetano Sanz, Fernando el Gallo, padre de Rafael y Joselito; Antonio Fuentes, Rodolfo Gaona y el Niño de la Palma, aprendices y oficiales zapateros fueron antes de ser maestros en tauromaquia.

No queremos cansar más al octogenario aficionado, abonado número uno de la madrileña Plaza.

Ciego estuvo una larga temporada como consecuencia de unas cataratas.

El doctor Barraquer le devolvió la vista, naciendo nuevamente, no sólo para disfrutar de las delicias que con sus vivos y hermosos colores, por obra de Dios, nos brinda la Naturaleza, sino para poder presenciar nuevamente su fiesta más favorita: los toros.

DON JUSTO



El señor Sáez —abonado número uno a la Plaza madrileña— en la actualidad (Foto Yubero)

El monumental coso de las Ventas, después de la dura Invernada, en espera de que le abran sus puertas, con carnet o con abono



El doctor Gomez Oliveros cree en la evolución del toreo, pero no en su degeneración



La Cirugía tiene asignado un papel de indiscutible importancia en el juego a muerte que se desarrolla entre torero y toro bajo la alegre apariencia de fiesta, música y colores, en las tardes de corrida. Discretamente oculta en las entrañas de la Plaza, la enfermería vigila siempre y tiene preparadas sus armas contra la muerte. Ese blanco pabellón de la Plaza ha unido íntimamente al doctor Gómez Oliveros con las suertes de la lidia, si bien antes de tener un papel asignado en él, cerca del doctor Jiménez Guinea, ya era un aficionado ferviente a los toros y podía, por tanto, considerarse unido por la emoción a la fiesta que con más partidarios cuenta en España.

No por tratarse de una entrevista taurina con un cirujano va a estar nuestra conversación salpicada de sangre. El doctor Oliveros habla de cosas de toros, más como aficionado —y hasta un poco de psicoanalista— que como cirujano.

—¿Cuántas cogidas ha tenido usted ocasión de asistir?

—Afortunadamente, desde que presto mis servicios en la enfermería de la Plaza de Madrid no ha ocurrido ninguna grave. Única-

mente puedo citar la de Arruza de esta última temporada, que, afortunadamente, no tuvo ninguna consecuencia importante. Cuando he tenido ocasión de asistir a toreros heridos ha sido durante las fiestas de Arganda. La mayor parte de los días llevaban al Hospital Provincial, donde yo estaba, a los torerillos aficionados que se lanzaban al ruedo con más valor que suerte y acierto.

—¿Qué opina usted del valor en el toreo?

—Que es necesario. Pero que no es, ni mucho menos, todo lo que hace falta para ser torero. Usted sabe que hemos tenido excelentes matadores, en los que el valor brillaba por su ausencia la mayor parte de las veces. En muchas ocasiones, los alardes de valor —sobre todo en los muchachos que empiezan, sin poder demostrar condiciones positivas para el arte de la lidia— de algunos toreros, que rara vez alcanzan un triunfo total y definitivo, obedecen a un complejo de inferioridad ante los demás toreros, que les empuja a cometer temeridades, sin otro resultado que el de encontrar la muerte sin haber alcanzado la tan ansiada fama. Lo que dice Marañón hablando de los artistas: "El desprecio a morir está siempre en razón inversa con el miedo a ser olvidado", puede aplicarse también a los toreros. El que aspira a la inmortalidad pone todo su empeño en depurar su arte y en huir un poco el bulto a la muerte, para que ésta no le sorprenda antes de haber alcanzado el favor de la fama.

—Entre los toreros modernos ¿quién cree usted que conseguirá ese bonito triunfo de prevalecer?

—Creo que no será uno solo. Sin embargo, al que considero más empeñado en la conquista de la inmortalidad es a Luis Miguel Dominguín. Tiene verdadero afán de superación.

—¿Es usted partidario del toreo moderno?

—Es el que verdaderamente me gusta. Del toreo clásico puedo contar poco. Los recuerdos que tengo de las primeras corridas que vi están algo borrosos en mi memoria. Mi afición a los toros nació hace muchos años, al calor de la de mi padre, que era un verdadero entendido en la materia y un gran aficionado. Yo le oía comentar de toros, leía sus críticas, observaba su entusiasmo, y, naturalmente, me aficionaba también. Recuerdo haber visto a Dominguín padre, a Marcial Lalanda... En realidad, mi afición de aquella época no me pertenecía del todo.

—¿Qué es lo que más le gusta de una corrida?

—Entre las suertes, el tercio de muleta y el pase natural.

—¿Es usted partidario del toro grande o del pequeño?

—Creo que el toro de ahora se adapta perfectamente al toreo de ahora, y que sería absurdo pretender el toreo depurado de hoy con toros como los que se lidiaban antes. Y soy un convencido de la evolución "filogenética"



del toreo. Lo que muchos llaman degeneración no es sino evolución. El arte se depura; el torero evoluciona. A la tendencia de los pases de rodillas ha sucedido la de mantener con toda gallardía la posición erecta, que es la neoposición; el estatismo, a la inquietud de aquellas actitudes forzadas —paleoposiciones— ante el toro. Y esto no quiere decir, aunque insista en que prefiero las formas modernas a las clásicas, que sea partidario del estatuario. Me gusta la gallarda posición erecta, pero siempre que sea acompañada por movimiento gracioso de cintura que denote vida y arte en el torero.

—¿Qué corrida ha sido la que más satisfecho le ha dejado?

—Creo que la última de Beneficencia.

—Ahora, hablemos de la mujer.

—¿Hemos acabado ya de hablar de toros?

—De la mujer en los toros... ¿Cree usted que la mujer debe torear?

—No me gusta que la mujer toree. Lo considero completamente antifemenino.

—¿A caballo tampoco?

—Tampoco, porque el rejoneo a caballo no me gusta nada. Me gusta el toreo a pie, y el toreo a pie lo considero reñido con la feminidad, tan imprescindible para que una mujer agrade.

—¿Qué es lo que menos le gusta de una corrida?

—Las banderillas.

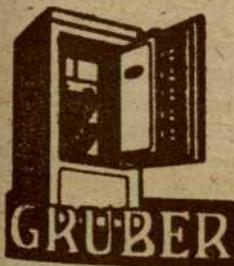
—¿Y las puyas?

—Son necesarias. Hay que sangrar al toro, prepararlo para la suerte suprema.

—¿Aun a pesar de las protestas de los que piden que se reformen las puyas para los toros pequeños?

—Los toros, grandes o pequeños, tienen que ser castigados por las puyas... ¿Qué otro problema va a plantearme usted ahora?

Como esta pregunta del doctor Gómez Oliveros casi, casi, nos lo plantea a nosotros, damos por terminada nuestra conversación de toros y nos despedimos del ilustre doctor.



ANTES DE COMPRAR
UNA CAJA, PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
RAMO

ARCAS GRUBER
S. A.

BILBAO

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

LA MEJOR FAENA DE MARCIAL LALANDA

HACE poco más de cuatro años, Marcial Lalanda toreó su última corrida. Lo conocen, pues, todos los aficionados. La historia taurina de Marcial es larga y ejemplar. Muchas veces, cuando he tenido que charlar con novilleros punteros abocados a la alternativa, he recibido la misma respuesta a mi pregunta sobre las aspiraciones de tales diestros: «Me gustaría ser lo que Marcial ha sido y llegar a lo que él ha llegado.» Lalanda llegó a alcanzar categoría de primera figura a una edad en la que otros grandes lidiadores no habían pasado del aprendizaje. Y sostuvo cuantos años quiso su privilegiada posición. No conoció decadencia en su carrera artística. Podía haber toreado durante unos años más, si únicamente hubiera tratado de aumentar su caudal. Se retiró cuando estimó que debía hacerlo. Y dejó en la historia de la tauromaquia el brillo de su nombre y el recuerdo de su excepcional maestría. Lalanda fué una figura destacadísima durante muchos años. No fué torero que tuviera



Marcial toreaba de rodillas

altibajos a pesar de que, como digo, fueron muchas las temporadas que sostuvo competencia con las primeras figuras. Es más que probable que, andando el tiempo, cuando se quiera dar el nombre de un torero seguro y conocedor de todos los secretos de su arte —un arte macizo y alegre—, sea el de Marcial Lalanda el primero que citen los aficionados auténticos.

Admiré al torero y hoy estimo al hombre afable, trabajador, honrado, vigilante siempre del bienestar de los suyos, suprema aspiración ésta de quien un día vistió por primera vez un traje de luces, cuando era un niño, pensando sólo en alcanzar gloria y fortuna como lidiador. Tan interesante es Marcial Lalanda como tipo humano como lo fué como torero famoso.

Recuerda perfectamente la primera corrida de toros que vió. Fué el 19 de octubre de 1913. Despedida de Ricardo Torres. Toreaba Bombita con Rafael el Gallo, Regaterín y Gallito. Se ha comparado muchas veces a Marcial con Ricardo y José. Otras muchas, cuando el torero de Vaciamadrid hacía el quite de la mariposa, no faltaba quien recordaba los mejores momentos de Rafael. ¿Significó algo en la formación artística de Marcial el que en la primera corrida de toros que vió actuaran los tres grandes toreros citados?

Su admiración por Joselito no fué, ni mucho menos, obstáculo para la que sintió siempre por Bel-

monte. Fué al trianero a quien vió hacer la mejor faena que ha presenciado. En la corrida del Montepío de Toreros, de 1917, celebrada el día 21 de junio. Aquella temporada, que fué la que los aficionados han llamado «el año de Belmonte», empezó mal para Juan. Se lidiaron tres toros de Concha y Sierra y otros tres de Gregorio Campos. Joselito y Gaona se habían hecho aplaudir en muchos momentos de la corrida. Belmonte no había

toros preparados para esta corrida, en la que actuaban Agustín García Malla, Saleri II y Camará, se inutilizó y fué sustituido por otro de Bañuelos. En el reconocimiento, los veterinarios, rechazaron el toro Bravio, señalado con el número 70. El ganadero, en uso del derecho que le concedía el contrato, amenazó con retirar los otros cuatro toros si se rechazaba al número 70. Transigieron los veterinarios y Bravio fué lidiado en segundo lugar. Tomó el toro siete varas y en todas hizo extraordinaria pelea. Cuando fué rematado por Saleri II se le dió la vuelta al ruedo yendo las mulillas al paso. El conde de Santa Coloma tuvo que saludar muchas veces. Recuerda también Marcial la bravura de dos toros del conde de la Corte, corridos en Sevilla, y de Formalito, de Miura, lidiado, como los del conde de la Corte, en Sevilla.

Para el torero castellano ninguna de sus faenas ha sido perfecta. Ninguna ha llegado a la que él soñó cuando comenzaba a torear. Hay una, naturalmente, que es la de más grato recuerdo: la última que hizo en Madrid a un toro de Antonio Pérez, en su corrida de despedida, alternando con Pepe Luis Vázquez y Juan Mari Pérez Tabernero. Fué aquel toro el último que mató. Hacía el número 2.698 de las reses estoqueadas por él. Los madrileños estuvieron muy cariñosos con su torero y por ello aquella tarde fué para Marcial magnífica. Durante la feria valenciana del año 1929, Lalanda obtuvo éxitos muy repetidos, y en Barcelona, en octubre de 1930, logró una de sus tardes más completas. Mató siete toros y cortó orejas en seis.

La famosa mariposa de Marcial



logrado otro tanto en los cinco primeros toros. Salió el sexto —de Concha y Sierra— y Juan vió que el bicho embestía bien y que era codicioso. La faena fué larga —treinta o cuarenta muletazos— y en opinión de Lalanda, de lo más perfecto que se ha hecho en el toreo. En todos y cada uno de los muletazos paró, mandó y templó y cargó la suerte. Además, mató muy bien. A Joselito le vió Marcial muchas faenas magistrales y a los toreros que ahora actúan es frecuente admirarlos en grandes faenas.

El toro más bravo que ha visto Marcial se lidió en Madrid el 11 de mayo de 1919. Era de la vacada del conde de Santa Coloma. Uno de los seis

ro se acostó. El 18 de octubre de 1942, en Madrid, toreó su última corrida. Tenía treinta y nueve años y seis hijos. Además, sus facultades, de las que nunca estuvo sobrado, eran cada vez menores. Había muchas razones que le aconsejaban volver a vestir el traje de luces. En la actualidad, don Marcial Lalanda es agricultor y ganadero en la provincia de Ciudad Real y apoderado en la capital de España.

A mi pregunta sobre su opinión de la pasada temporada, responde que ahora es difícil a los aficionados que residen en Madrid formar juicio acerca de los toreros.



Marcial Lalanda

Los toreros abandonan su cuartel general de invierno

PEPIN MARTIN VAZQUEZ, EN MADRID, DE PASO PARA SALAMANCA

“Los días que faltan para torear la corrida de Castellón,
los emplearé para prepararme a fondo”

“El primer éxito de la temporada da al torero moral y sitio”

De paso...
Porque en la ciudad, los toreros apenas tienen nada que hacer.

—¿Muchos días por Madrid?—le preguntamos a Pepín.

—No. Llegué ayer y me marcho hoy.

—¿Final de tu viaje?

—Salamanca.

—¿Motivos?

—Continuar mi preparación. Hasta el día 7 de marzo me entrenaré en el campo salmantino. Mejor dicho, continuaré mi preparación que empezó en las dehesas de Andalucía. De Salamanca regresaré a Madrid, para seguir viaje a Castellón. Y de Castellón de nuevo a la carretera para seguir la temporada.

—¡Otra vez la fatiga de los viajes!

—Felizmente, así es.

—¿Felizmente?

—Claro..., porque en el momento en que dejes de viajar, ya sabes lo que ocurre..., que no toreas. También puede suceder que estés en la cama con una cornada. En definitiva, cualquiera de estas dos cosas no interesan al torero. Que hay que viajar, se viaja...; pero todo antes que estarse metido en casa. ¿No te parece?

—¿Aguardas con impaciencia la corrida de Castellón?

—La primera corrida del año siempre se aguarda con impaciencia. Del resultado de esta corrida dependen muchas cosas. Por otra parte, el torero, en esta primera corrida, se vuelve a adaptar al ambiente..., se percata con tiempo de los defectos y se centra en su profesión. Si además triunfa, el camino se presenta ya más fácil. Se gana moral, sitio..., dos cosas fundamentales para el torero.

—¿Piensas torear mucho esta temporada?

—En estos momentos es muy difícil saber esto.

—¿Consideras que la temporada será muy dura?

—Como todas. Mientras el toro esté en el ruedo la lucha es siempre la misma.

—¿Toro pequeño? ¿Toro grande?

—No he pensado nunca en esto. Ni tampoco me he preocupado mucho de ello. Cuando he tenido que torear un toro grande no he pensado jamás que era grande. He pensado que había

que torearlo y nada más. Por cierto que en la pasada temporada he visto muy pocos toros pequeños. Y no es que hable por hablar, porque los aficionados madrileños recordarán aquel sobrero del Hoyó de la Gitana, que era un buen ejemplar. Además, uno está en esa edad en la que no se pueden pedir muchas cosas. Con el tiempo quizá se pueda reflexionar; pero ahora hay que torear todo lo que salga por los chicos.

Juan Jiménez, el popular sastre de toreros, se acerca a Pepín.

—¿Puedes pasarte esta tarde por casa?

Pepín Martín Vázquez le da una hora, y yo le pregunto al torero sevillano:

—¿Te estás haciendo muchos vestidos?

—Seis. Uno, negro y oro; otro, verde y oro; otro, celeste y negro; otro, blanco y oro; otro, perla y oro, y otro, azul y oro. En total, seis, como verás.

—¿Tú que opinas de la ruptura del convenio taurino con Méjico?

—No estoy muy dentro del problema. En el campo uno no tiene tiempo ni forma de saber lo que ocurre en la ciudad. Yo lo único que creo es que en España y en Méjico deben torear aquellos que el público y las mismas Empresas deseen que toreen. Y el que se arrime que siga adelante...; el arte no puede estar sujeto a protocolos ni a procedimientos.

—¿Esta temporada llevas la misma cuadrilla?

—Sí. Llevo la misma y un banderillero más que aún no he decidido quién será.

—Después de Castellón, ¿dónde toreas?

—No lo sé aún.

—¿Vas a la feria de Sevilla?

—Lo siento..., pero también tengo que decir que no lo sé. Estas cosas las lleva Rayito, mi apoderado. Muchas veces el torero sólo sabe que va a torear en tal sitio cuando le dicen que se tiene que poner en camino...

—¿Dónde te entrenarás en Salamanca?

—De momento voy a la finca de don Antonio Pérez Taberner.

—De tus éxitos de la temporada pasada, ¿cuál te gustaría repetir en ésta?

—Ninguno. Aquello ya pasó... Siempre hay que pensar que se pueden hacer más cosas..., por lo menos que se deben hacer.

—Pues nada, que tengas mucha suerte, Pepín.

—Esto es lo que queremos todos los toreros tener: suerte.

—¿Y lo demás?

Pepín Martín Vázquez se sonrió, y sentenciosamente me dijo:

—Lo demás, Dios nos lo dará por añadidura. Nos habíamos acercado ya al hotel. En la puerta, un buen grupo de admiradores esperaban a Pepín Martín Vázquez. No faltó la petición del autógrafo clásico.

Igual, igual, que en plena temporada...

—Bueno, Pepín, hasta la vuelta...

—Hasta el día 6 ó 7 que estaré nuevamente en Madrid.

Un apretón de manos...

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Pepín Martín Vázquez

LA temporada ya está, como quien dice, encima. El 9 de marzo se celebrará, en Castellón, la primera corrida. No faltan, pues, muchos días para que todos los problemas que se incuban en las tertulias taurinas desaparezcan. Los grupos se dispersan en los ruedos, tenemos la seguridad que nadie tendrá deseos de polemizar. Y la paz será con todos. Porque hace unos días, nuestro Director decía en estas mismas páginas de EL RUEDO algo tan sustancial y tan definitivo, que no admitía réplica posible. Su grito de «¡Al toro! ¡Al toro!», centraba, y a la vez definía, el pensamiento del aficionado, ajeno a esos problemas que aparecen clásicamente todos los inviernos.

¡Al toro!... De momento, tres toreros han quedado moviliados para fecha próxima. Uno de ellos, Pepín Martín Vázquez, pasó recientemente por Madrid. Había abandonado Sevilla para empezar a desgranar kilómetros por esas carreteras de Dios. La mejor señal de que la temporada la tenemos encima, es la presencia de los toreros en Madrid.



El torero sevillano charla con su apoderado y con el popular sastre de toreros, Juan Jiménez

Mientras llega la hora de partir para Salamanca, Pepín pasea por las calles madrileñas, acompañado de su apoderado Rayito y de unos amigos



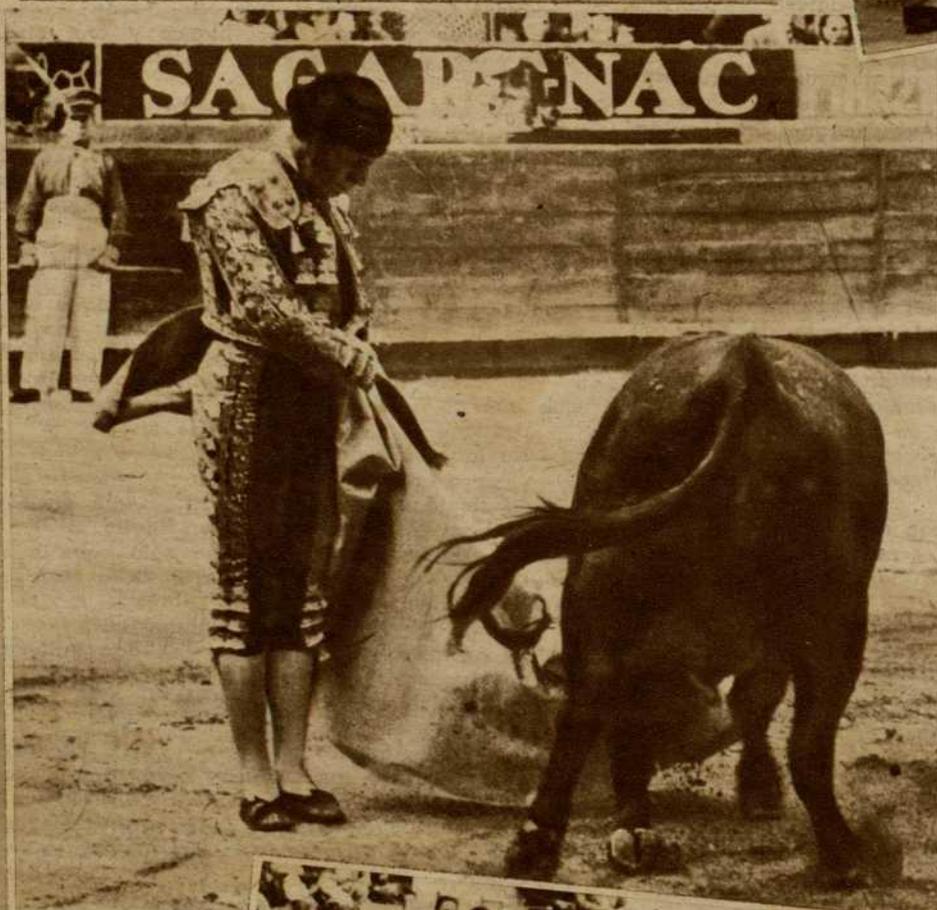
LA TEMPORADA TAURINA en MEJICO

El miércoles día 5 de febrero, aniversario de la inauguración de la Ciudad de los Deportes, lidiaron ocho toros de La Laguna, Cagancho, Jesús Solórzano, Gregorio García y Morenito de Talavera

Hubo muy poca gente en los tendidos y la corrida fué mala



Como todavía, el día 5 de febrero, los mejicanos no habían pedido «la luna» para renovar el convenio vigente entre mejicanos y españoles, en la corrida de ese día alternaron dos de los unos y dos de los otros. Cagancho, aunque no cuajó la tarde, derrochó gracia gitana con la capa.
• La figura quieta, las manos bajas...

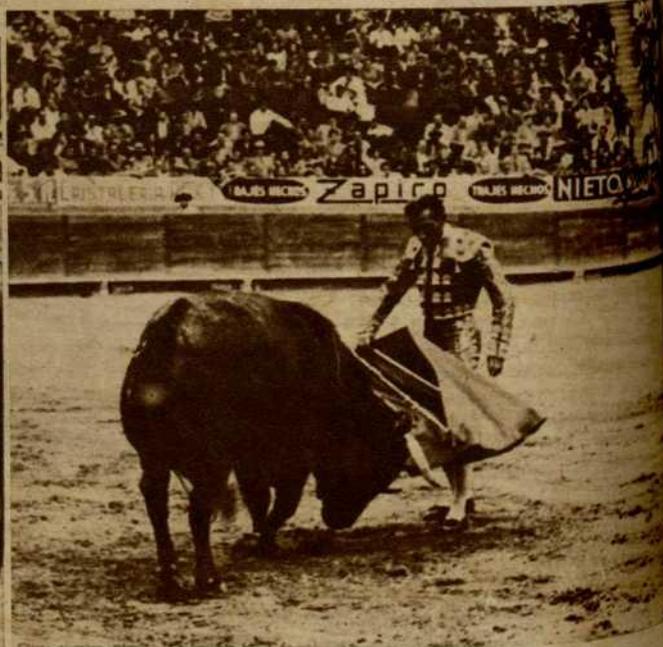


Cagancho cita para torear con la izquierda

Un pinturero remate de Cagancho a su primer toro



Pero luego se cambia de mano, a ver si por este lado está mejor el de La Laguna



Como no ocurre ni una ni otra cosa, el gitano muletea por la cara, que hemos quedado en que también es una manera de torear...



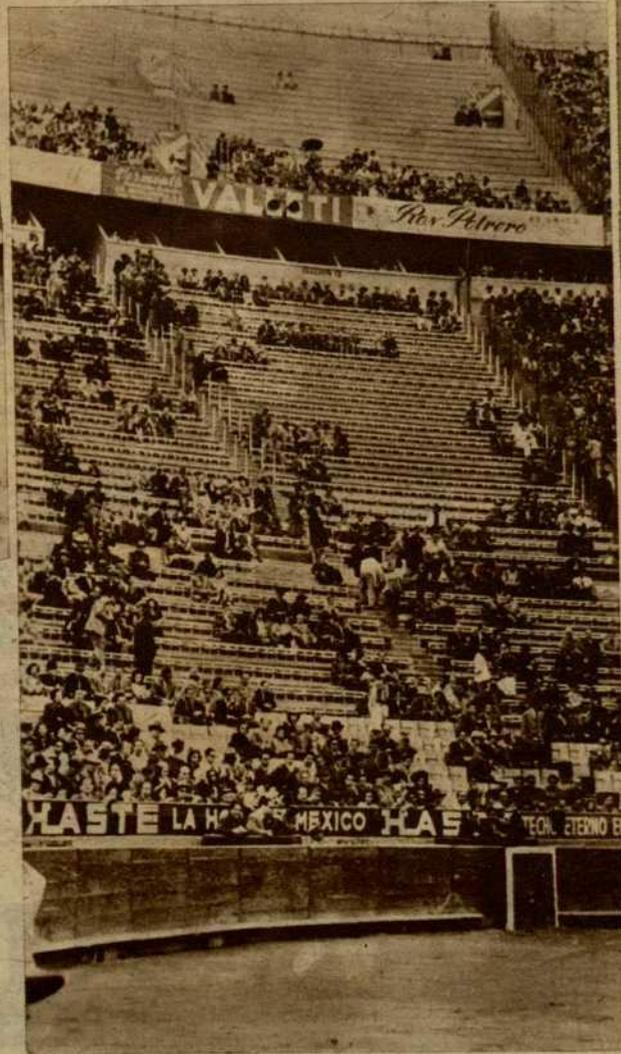
Varios momentos de la actuación, poco lucida según las informaciones mejicanas, de Chucho Solórzano.



Donde más se lució Morenito de Talavera fué en el segundo tercio. Banderilleó a sus dos toros. Al primero, él solo, colocando pares al cuarteo y al sesgo magníficos, y a su segundo, alternando con Gregorio García, a quien Emiliano de la Casa invitó cortesmente



A Morenito de Talavera le fué especialmente aplaudido un quite por chicuelinas



Aquí aparecen los dos toreros, el mejicano y el español, abrazándose y correspondiendo a los aplausos del público...

... que no era excesivo, como puede apreciarse...

(Continúa esta información gráfica en la página siguiente)



Más información de la temporada taurina en MEJICO



Morenito de Talavera hizo dos faenas de muleta derrochando valentía. No tuvo demasiada fortuna con el estoque y por ello perdió una oreja, que en el ánimo del público estaba que se le concediese; mas según el crítico de «Esto» —Renato Leduc—, fué el coraje del talaverano y el de Gregorio García lo que animó y salvó la tarde



Gregorio García —el diestro mejicano que triunfó hace dos temporadas en Portugal, pero que en los ruedos españoles pasó punto menos que inadvertido— fué el que logró el triunfo más completo de esta corrida de ocho toros con que se conmemoró el primer aniversario de la Ciudad de los Deportes. «Enorme tazón» le llaman por allá a esa Plaza, y no debe andar la cosa muy bien cuando el citado crítico dice como comentario subrayado: «Algún día teníamos que ver las consecuencias de la desastrosa administración del señor Algara. Y ya está...»

(Exclusivas de «Cifra» y «Esto», de Méjico, para EL RUEDO)

XEREZ-QUINA

EL APERITIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ



Manoleta no toreará en Bogotá. -- Ampliaciones y mejoras en el Sanatorio de Toreros. -- Procuna proyecta presentarse en España a mediados de marzo. -- Conferencia de nuestro director en el Club Taurino Madrileño. -- Antonio Caro cortó la primera oreja de la temporada en Barcelona. -- Corrida aburrída en la capital de Méjico. -- Machaquito y el venezolano Antich cortaron orejas en Maracay. Conchita Cintrón reapareció en Lima

El director de EL RUEDO, don Manuel Casanova, durante la conferencia que dió el sábado pasado en el Club Taurino Madrileño (Foto Zarco)



El pasado viernes, día 21, se cumplió el sexto aniversario del fallecimiento del que fué famosísimo matador de toros Rafael Guerra, Guerrita. Se celebraron misas en el oratorio de su domicilio y en varias iglesias de Córdoba, a las que asistieron los familiares del diestro y numerosos admiradores y amigos del espada. El panteón familiar del cementerio de Nuestra Señora de la Salud se hallaba totalmente cubierto de flores.

El sábado, día 22, permaneció unas horas en Madrid, de paso para Lisboa, el competentísimo crítico taurino, colaborador de EL RUEDO don Ventura Bagües. Don Ventura pronunciará hoy una conferencia en Lisboa. El día 25 disertó en el mismo local lisboeta el crítico taurino sevillano don Enrique Vila. El próximo día 4 pronunciará otra conferencia, tercera de este ciclo, don José María de Cossío, y el 6, don Manuel Sánchez del Arco, crítico de "A B C", de Madrid, cerrará la serie.

Se recibieron noticias en Córdoba, según las cuales Manoleta ha decidido anticipar su regreso a España. En consecuencia, ha rescindido su contrato con la Empresa de Bogotá y embarcará en la primera quincena del próximo marzo.

Gitanillo de Triana se trasladó a Nueva York para tomar el avión que le conducirá a Lisboa. Es probable que a estas horas Rafael Vega de los Reyes se encuentre en Madrid. Se dice que reaparecerá en España el próximo día 17, en Valencia.

Domingo Ortega y su cuadrilla se encuentran en Nueva York. Regresarán a España por vía marítima.

Se asegura que la Monumental de Méjico será atendida a una Empresa taurina que se está constituyendo.

El Montepío de Toreros proyecta ampliar su Sanatorio con dos pisos más y mejorar las cantidades que hoy perciben los jubilados. Para allegar recursos se celebrarán corridas en Madrid, Barcelona, Sevilla y, probablemente, Valencia.

Es posible que la Plaza de Toros de San Sebastián sea explotada por una sociedad formada por los herederos del señor Pagés y Chopera.

Andrés Gago ha manifestado en Caracas que Luis Procuna toreará varias corridas en España durante los meses de marzo y abril. Parece ser que toreará: el 19 y 20 de marzo, en Valencia; el 30, en Barcelona; el 6 de abril, en Zaragoza; el 7 y 13, en Barcelona, y el 18 y 20, en Sevilla.

El pasado sábado pronunció su anunciada conferencia en el Club Taurino Madrileño el director de EL RUEDO, don Manuel Casanova. Con el conferenciante ocuparon la presidencia: el marqués de la Valdevia, presidente de la Diputación de Madrid; don José María de Cossío, presidente honorario del Club; el presidente efectivo, don Luis Videgain, y don Francisco Ramos de Castro, que hizo la presentación del conferenciante. Ramos de Castro hizo un garboso retrato de la personalidad del conferenciante, como hombre y como periodista. El señor Casanova, que fué muy aplaudido al levantarse para dar comienzo a su conferencia, agradeció a todos su presencia, y muy especialmente al marqués de la Valdevia, a quien la Directiva del Club tuvo la gentileza de ofrecer la presidencia del acto. Comenzó nuestro director glosando las afirmaciones hechas desde la misma tribuna por el notable periodista, colaborador de EL RUEDO, don Julio Fuertes, sobre el espacio que en los periódicos se dedica a la fiesta más nacional y el que se destina a deportes

fueron bravísimos. Pepe Antonio Angel Luis y Juan Bienvenida, y el aficionado don Pedro Domecq, cortaron orejas.

En la capital de Méjico se corrieron toros de Xajay para Armillita, Lorenzo Garza y El Soldado. La entrada fué floja, y la corrida, a excepción de lo hecho por los tres diestros en el sexto toro, resultó aburridísima. Armillita se lució con las banderillas en sus dos toros; pero sus faenas fueron muy vulgares, y en ellas sólo buscó la igualdad. Su actuación fué gris. Lorenzo Garza, que se encontraba enfermo, estuvo a punto de no actuar, y sólo a última hora decidió vestir el traje de lúces. Su labor fué vulgar. Únicamente se hizo aplaudir por un quite por gaoneras, hecho el sexto toro. El Soldado, mal en el primero, se lució en el tercio de quites en el sexto, al igual que Armillita y Garza. Hizo a este toro, último de la corrida, una faena valentona, en la que destacaron varios derechazos. Mató de una buena estocada. (Ovación y vuelta al ruedo.)

En la finca El Rancho del Charro, de Méjico, se celebró un festival privado, en el que tomó parte Alvaro Domecq. El caballero andaluz se lució como rejoneador y como torero de a pie. Cortó la oreja y dió la vuelta al ruedo. Es posible que Domecq tome parte en un festival que el próximo día 5 se celebrará en honor del presidente de los Estados Unidos.

El domingo lidiaron en Maracay reses de Ríos, Julio Mendoza, Machaquito y Eduardo Antich, nueva esperanza venezolana. Julio Mendoza cumplió. Machaquito cortó la oreja del segundo y dió la vuelta al ruedo en el quinto. Antich dió la vuelta al ruedo en el tercero y cortó las orejas del sexto.

Después de tres años de ausencia reapareció ante sus paisanos Conchita Cintrón. La Plaza Jimena de Acho registró un lleno completo. Conchita, tanto a caballo como a pie, toreó magistralmente, y fué ovacionada con entusiasmo. El mejicano Rutilo Morales y el español Paco Lara fueron muy aplaudidos.

Con motivo del segundo aniversario de la fundación del Club Taurino Madrileño, ha organizado para el domingo 2 de marzo, a las dos de la tarde, y en el restaurante Biarritz, un banquete-homenaje en honor de los matadores de toros madrileños Pepe Bienvenida, El Estudiante; Maravilla, Félix Colomo,

Curro Caro, Juanito Belmonte, Domingo, José y Luis Miguel Dominguín; Valencia III, Albaicín, Parrita, Aguado de Castro y Rafael Lorente. Las tarjetas para el mismo pueden recogerse, hasta el día 28, en el Club, El Gallo Casa Picardías, La Alemana, Casa Pololo, Peña Taurina de Tetuán y Club Luis Miguel Dominguín y el día 1 en el Club Taurino y restaurante Biarritz.

El sábado, día 1 de marzo, a las once de la noche, en el Club Taurino Madrileño, pronunciará una conferencia, con el título "Un año de toros en Barcelona", el conocido periodista de aquella capital don José Martín Villapecañán.

Aprobada por la Superioridad, ha quedado constituida la Junta directiva de la Peña Taurina de Ceuta, para el año 1947, propuesta por su Comisión organizadora, que queda integrada de la siguiente forma: Presidente, don Bartolomé Caballero Cerdón; vicepresidente, don Diego Cabrera Serrano; secretario, don José Castro de Cózar; vicesecretario, don Joaquín Cosme Muñoz; contador, don Julio Raffo Amorós; tesorero, don Francisco Calvo Rodríguez; bibliotecario, don Pedro Miranda Márquez; vocales: don Antonio Muro Heredia don Rafael Aranda Aranda, don Manuel Postigo Bueno, don Vicente Marín Arnedo, don José Rodríguez Pecino y don Rafael Lara Pons.

Don Carlos Marina, El Tío Campanitas, locutor de E. A. J. 46, Radio Ceuta, que asistió como invitado de honor a la reunión, tuvo un cambio de impresiones con la Directiva, a fin de llevar a la realidad los proyectos en estudio, siendo uno de ellos el de dar conferencias y charlas taurinas semanales.

B. B.

A continuación definió lo que hay de afición por la fiesta taurina y lo que en ella falta de pasión. Refirió varios hechos, que demuestran claramente lo que en los albores de su pasión por los toros era la afición taurina, y en apoyo de sus afirmaciones citó varias anécdotas, de las que fué protagonista Juan Belmonte García. Comparó a continuación los entre bastidores del teatro con los que en realidad existen en la fiesta taurina, y de la comparación dedujo provechosas enseñanzas. Finalmente, hizo consideraciones precisas sobre el actual desarrollo de la fiesta y manifestó su creencia de que la pasión noble vuelve de nuevo a los aficionados, y ello ha de redundar en beneficio de la fiesta taurina. El señor Casanova, obligado por los calurosos aplausos del público, hubo de agradecer repetidas veces tales muestras de entusiasmo de sus oyentes.

En Barcelona se inauguró el domingo, día 23, la temporada. Se corrieron seis novillos de Clairuc. Hubo gran entrada, a pesar de que el tiempo fué desapacible y frío. Pedro Robredo se lució con el capote en el primero. Hizo buena faena, y mató de media estocada y el descabello al sexto intento. (Aplausos.) A su segundo lo toreó y mató bien. (Ovación.) Antonio Caro, que estuvo toda la tarde muy lucido con el capote, hizo al segundo faena muy buena y mató de una entera. (Ovación y vuelta al ruedo.) Al quinto le hizo faena muy valiente y adornada. Mató de un pinchazo y una estocada. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.) Paquito Muñoz estuvo bien en el tercero y muy bien en el sexto. (Muchos aplausos.)

En Orihuela, becerras de García Ceballos. Curro Vería y Antonio Duarte cortaron orejas en sus dos bichos.

En Sevilla se suspendió por el mal tiempo la novillada anunciada en la Plaza de la Pañoleta.

El empresario de la Plaza de Barcelona, señor Balañá, tiene el propósito de organizar tres corridas de toros seguidas para el mes de mayo, con motivo de la celebración de las fiestas conmemorativas de la Exposición Internacional de 1888. Anunció que en abril toreará su primera corrida de la temporada, en Barcelona, el cordobés Manoleta.

En Almedralejo se celebró un festival taurino. Se lidiaron novillos del ganadero madrileño Luis Alvarez. Todos los novillos

Conchita Cintrón, que se ha presentado ante sus paisanos en la Plaza de Acho



El español Paco Lara, que obtuvo un buen éxito en la Plaza Jimena



El crítico taurino español don Ventura, que dará hoy una conferencia en Lisboa



La
actualidad
TAURINA
en
ESPAÑA



NOVILLADA EN ORIHUELA
En Orihuela se ha celebrado el domingo la primera novillada de la temporada. Curro Vera y Antonio Duarte —que aquí aparecen al frente de sus cuadrillas— lidiaron cuatro novillos de don Antonio García Zaballos, de Salamanca



Curro Vera entrando a matar



Cogida, sin consecuencias, de Duarte

**EN BENEFICIO DEL BANDERILLERO
REVERTILLO**



La Comisión de toreros de Zaragoza, compuesta por José Manuel García, Bogilla, mozo de espadas; don José Sierra, Faraón; el revistero Angelillo, el novillero Manolo Sierra y el delegado del Sindicato, Fermín Embun, y Jesús Bernard, haciendo entrega al banderillero Revertillo, gravemente enfermo, de la recaudación de un partido de fútbol jugado entre una selección de Banca y Bolsa y otra de toreros aragoneses, celebrado a beneficio del tan infortunado lidiador. También el Club taurino Pepe Luis Vázquez entregó un donativo al torero enfermo



El ganadero don Victor Huerta herrando a una becerra

**HERRADERO EN LA
FINCA "EJIDA", DE
CALZADA DE OROPESA**



El novillero Diego Rodriguez en un buen pase de pecho (Fotos Cano)

**NUESTRA CONTRAPORTADA
Fernando Augusto d'Oliveira**



NACIO Oliveira el 12 de marzo de 1859 en Benavente (Portugal). En su mocedad estuvo dedicado a las faenas agrícolas en una finca propiedad de sus padres y practicó mucho la equitación. Llevado de sus aficiones, empezó pronto a torear a caballo, y en 1879 rejoneó en una corrida benéfica en Villafranca de Xiva. Poco a poco, fué abandonando la labranza, y en 1887 se dedicó ya de lleno a rejoneador. En poco tiempo hizo famoso su nombre, y llegó a competir ventajosamente con las primeras figuras de su especialidad. Su presentación en España la efectuó en 1888, en una corrida de la feria de Cáceres, en la que rejoneó toros de Trespalacios con gran éxito. En 1891 marchó a Río de Janeiro. Toró diez corridas, con gran resultado económico y artístico.

El 27 de octubre de 1892 se presentó en Madrid, con sus compañeros Alfredo Tinoco y Manuel Casimiro d'Almeida.

El 12 de mayo de 1904 se celebró una corrida en la Plaza de Campo Pequeno, de Lisboa. Alternaba Fernando Augusto d'Oliveira con los caballeros José Bento, Joaquín Alves y Simoes Serra. Los toros eran diez: cinco del marqués de Castello Melhor y cinco de la nueva ganadería de Victoriano Froes. Actuaban también Bombilla Chico y Chicuelo. El segundo toro, de la ganadería del marqués de Castello Melhor, señalado con el número 39, colorado, y Ferrador de nombre, correspondió a Fernando d'Oliveira, quien puso dos magníficos rejones. Fué ovacionado. Al citar de nuevo, el toro, que era tarde, no se arrancó. El caballero se metió en el terreno del toro y colocó un rejón muy bueno; pero el toro cogió al caballo por los cuartos traseros. Perdió el caballo el equilibrio y rodó por la arena. Se levantó el caballo; pero Fernando d'Oliveira quedó inerte, de bruces, y con los faldones de la casaca doblados sobre la espalda. En la enfermería se vió que el rejoneador había sufrido la fractura de la base del cráneo. Se ordenó su traslado al hospital de San José. Fernando d'Oliveira expiró cuando era conducido al citado centro benéfico.

BLENOCOL
Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechaza todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



A PUNTA DE CAPOTE

MAZZANTINI, INNOVADOR



EL día 5 del pasado diciembre se ha cumplido el LXVI aniversario de la primera salida novilleril, en la Plaza vieja de la Corte, de aquel espada de ricio empuje y figura escultórica que se llamó en el mundo Luis Mazzantini. El tiempo no pasa para los viejos aficionados. Yo sé de un octogenario que guarda en la retina la visión de aquel momento imborrable.

Bien merece esta efemérides, significativa por muchos conceptos, unas líneas en EL RUEDO. Hay hombres representativos que siempre son actuales. Y lo son porque su influencia reformadora demarca una línea diferencial antes y después de su aparición en el tiempo. Así, esta fecha del 5 de diciembre de 1880 tiene un hondo significado. ¿Por qué? Porque en el cielo taurino aparece una gran figura varonil, inteligente y revolucionaria. No es lo mismo

el toreo antes de Mazzantini que después de Mazzantini. Y no es, ciertamente, en lo profesional en lo que radica su significado. Su trascendencia estriba en un cambio de costumbres que transforma al torero en la vida social; viraje en redondo de tal naturaleza, que el torero tosco del pasado siglo se nos aparece incompatible, por su aspecto y modos, con el torero fino de nuestros días. Y ello es debido al ejemplo brillante del diestro de Elgóibar. El torero anterior a Mazzantini era el hijo del pueblo, que vestía como el pueblo y hablaba como el pueblo, si bien con un inevitable —y reprochable— matiz de flamenquismo. Gracias a este invertebrado estigma, era *echao pa alante* y decía palabrotas. Esta estampa del torero basto empalideció cuando vino al mundo de los toros el torero de figura helénica y gustos delicados. Mazzantini vestía su cuerpo de atleta con el traje de luces por las tardes en los ruedos, pero por las noches aparecía en las butacas del Real vestido de etiqueta como un perfecto *gentleman*; Mazzantini, como director de lidia, denostaba en el ruedo a picadores y monosabios con las voces más crudas de la jerga plebeya; pero Mazzantini, en su casa y en la calle, era todo un señor de amplia cultura y modales distinguidos, gran conversador en tres idiomas: el español, el italiano y el francés. Estas cualidades eminentes del gran torero del Norte, tan en pugna y contraste con el medio en que irrumpía, le hizo en sus comienzos objeto de burla y escarnio por parte de la flamenquería chistosa y deslenguada; pero el reformador, que además de serlo era ni más ni menos que un hombre de una pieza, se hizo, como hombre, respetar y temer. Y no sólo por su ejemplo bizarro logró despertar un estímulo en sus compañeros, embastecidos por la incultura, sino que en lo económico acertó a manumitirlos de la explotación consuetudinaria de las Empresas cuando impuso al célebre Bartolo su contrato de seis mil pesetas por corrida.

—Vergüenza nos debía dar— decía Lagartijo a Frascuelo— de que un señorito del *pescado seco* nos enseñe a ganar el dinero.

¡Mucho le debe el gremio taurino al señorito del *pescado seco*, señor por sí mismo y gran señor de la torería! El torero culto, educado, correcto en el vestir y en el hablar, es una creación a su imagen y semejanza. Esta dignidad adquirida es un reflejo de la propia dignidad del innovador.

¡Pobre Mazzantini! Su ancha mano cordial —aquella mano fuerte de los inmensos volapiés— era franca prenda de amistad en los que tuvimos la fortuna de tratarle. Su suerte, empero, no fué la que merecía su gran corazón. Sus cinco millones de pesetas, ganados en la brava pelea con dos mil novecientos toros durante veinte años, se desvanecieron como niebla en sus desgraciadas veleidades de ganadero y empresario. Y al cabo de ellas, luego de sus avatares de concejal, diputado provincial y gobernador civil, vino a extinguirse, viejo, pobre, solo, olvidado y enfermo del corazón, en un ocaso lúgubre.

Pero no es su ocaso, es su amanecer, lo que recordamos en esta efemérides del 5 de diciembre de 1880. Traslade el lector la imaginación a una tarde brumosa y fría, impropia para una fiesta de toros. En ella se celebra una corrida de cuatro novillos de puntas, como entonces se decía, en la flamante Plaza de Toros de Madrid. Los carteles anuncian un concurso para estímulo de cuatro novilleros, cuyo premio consiste en una artística petaca, regalo de la Empresa al matador. En los palcos 35 y 36 aparece el Jurado, compuesto por los críticos taurinos más conspicuos de la época. Entre ellos reconocemos a Sánchez Neira, *Sentimientos*; Sánchez Pastor y al popular aficionado don Cándido Lara.

En el ruedo se perfila por primera vez la silueta señorial y gallarda (café y plata) del joven desconocido Luis Mazzantini. ¿Cuál es su actuación en este momento ilusionado de su naciente vida torera?

Cuatro verónicas tibiamente aplaudidas. Un par de banderillas al cuarto —el gran par de la tarde— y una fanea de muleta, siete naturales y diez con la derecha, para cuatro intentos desafortunados al volapié. El novillo era flaco, huído y barbeaba las tablas. Esto fué todo. Tal fué la primera aparición en la Plaza de Madrid del que más adelante fué llamado «El rey del volapié».

El tiempo cubre, con su manto de polvo y ceniza, la borrosa imagen.

FEDERICO OLIVER

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL ABONO

SE viene hablando, ya hace tiempo, de que la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid piensa esta temporada reinstaurar el abono. Muchos aficionados esperan grandes bienes de ese abono; de que su retorno sea también el del prestigio de la Plaza de Madrid, indudablemente bastante decaído en estos últimos años. No sé. No sé. Como resulta que todos los tiempos han sido malos, pues es fácil enterarse de lo que sucedía en los antiguos abonos, aparte de la propia experiencia de abonado que disfruté, casi desde mi infancia. Y lo que sucedía no es como para que el resurgimiento del abono acabe, o, por lo menos, atenúe los males taurinos que padecemos.

Don Antonio Fernández de Heredia, que fué uno de los aficionados más extraños que ha tenido la fiesta, dedicó su vida entera y su caudal a ver toros, a hablar de toros, a escribir de toros. Yo le alcancé en sus últimos años. Estaba abonado a una delantera de la meseta de toril. Y se pasaba la comida protestando de todo. Llevaba consigo multitud de cosas. Carteles, que exhibía extendidos en la barandilla: cerros, pitos, pañuelos. Escribió muchísimo. Y su obra cumbre es el «Doctrinal taurómico». El pobre señor era bastante plúmbeo, y para leer algo suyo se necesitaba mucha decisión e infinita paciencia.

En el «Doctrinal taurómico» dedica un capítulo al abono. Siguiendo su costumbre, lo critica ferozmente. Sus quejas no eran arbitrarias, como otras tantas suyas. Estaban fundadas, eran la que todos los eternos quejosos hacían. He aquí las principales: El anuncio de quince o veinte vacadas para seis corridas. Entre las ganaderías figuraban las de más prestigio; pero también bastantes de escaso crédito. Y, claro, de estas últimas echaba mano la Empresa con más frecuencia de la deseada por los abonados. Don Antonio Fernández de Heredia quería que las seis corridas se anunciaran íntegras, es decir, los seis carteles completos, con toros y toreros, y no dejando al arbitrio de la Empresa el elegir cada semana, de entre las ganaderías y los toreros anunciados, el cartel de cada domingo. Porque con los toreros pasaba lo mismo que con los toros. Se anunciaban otros quince o veinte. Por ejemplo, en un cartel de abono que copia Heredia en la citada obra, se decía «que serán corridas de abono aquellas en que tomen parte tres de los matadores anunciados: Mazzantini, Quinito, Fuentes, Bombita, Montes, Bombita Chico, Lagartijo, Machaquito, Saleri y el Chico de la Blusa. También serán consideradas como corridas de abono las que toreen sólo dos espadas, siendo estos dos de los siguientes: Mazzantini, Quinito, Fuentes, Bombita, Conejito y Bombita Chico». Esto le parecía fatal a don Antonio. Y clamaba contra los abusos de la Empresa.

Indudablemente, hoy, el confeccionar seis carteles íntegros para seis corridas de abono es tarea, si no imposible, enormemente difícil. Si el abono se anunciara, tendría que hacerse con un montón de ganaderías y otro de toreros, y a elegir. Lo que significa tanto como tener que soportar, la mayor parte de los domingos, carteles mediocres.

Don Antonio Fernández de Heredia ya se preguntaba por qué en provincias, en las ferias más importantes, se anunciaban con gran anticipación carteles completos, y por qué en Madrid no podía hacerse otro tanto. Ni entonces ni ahora la contestación es posible. Porque es evidente que lo que se hace en Valencia, o en Sevilla, o en San Sebastián, se puede hacer en Madrid. Pero...

Dejemos este pero, y a pesar de él y de las deficiencias reconocidas del abono, aboguemos por su reinstauración. Para el aficionado representa una ilusión. Recuerdo cuando, de aquí a unos días, en este tiempo de la transición del invierno a la primavera, tan revuelto y lluvioso siempre en Madrid, pero de temperatura ya más bonancible, aparecía en vallas y esquinas el cartel anunciador del abono. Añta él nos agolpábamos todos, para tomar nota de los incluidos y de los excluidos. Y aunque por aquel tiempo, en este mes de febrero, ya empezaban las novilladas, hasta la aparición del cartel del abono no parecía que la temporada comenzara. Y luego, el día destinado a sacar nuestra localidad, íbamos con nuestras pesetas —¡ay, muy pocas pesetas!— y a cambio de ellas nos entregaban seis o siete billetes de diversos colores, que repasábamos muchas veces, como el coleccionista sus sellos, o sus estampas, con la ilusión prendida en ellos y la seguridad de que teníamos en el bolsillo la posibilidad de entrar cada domingo en aquella Plaza, llamada de la carretera de Aragón, que se llevó, con el abono, nuestra juventud.

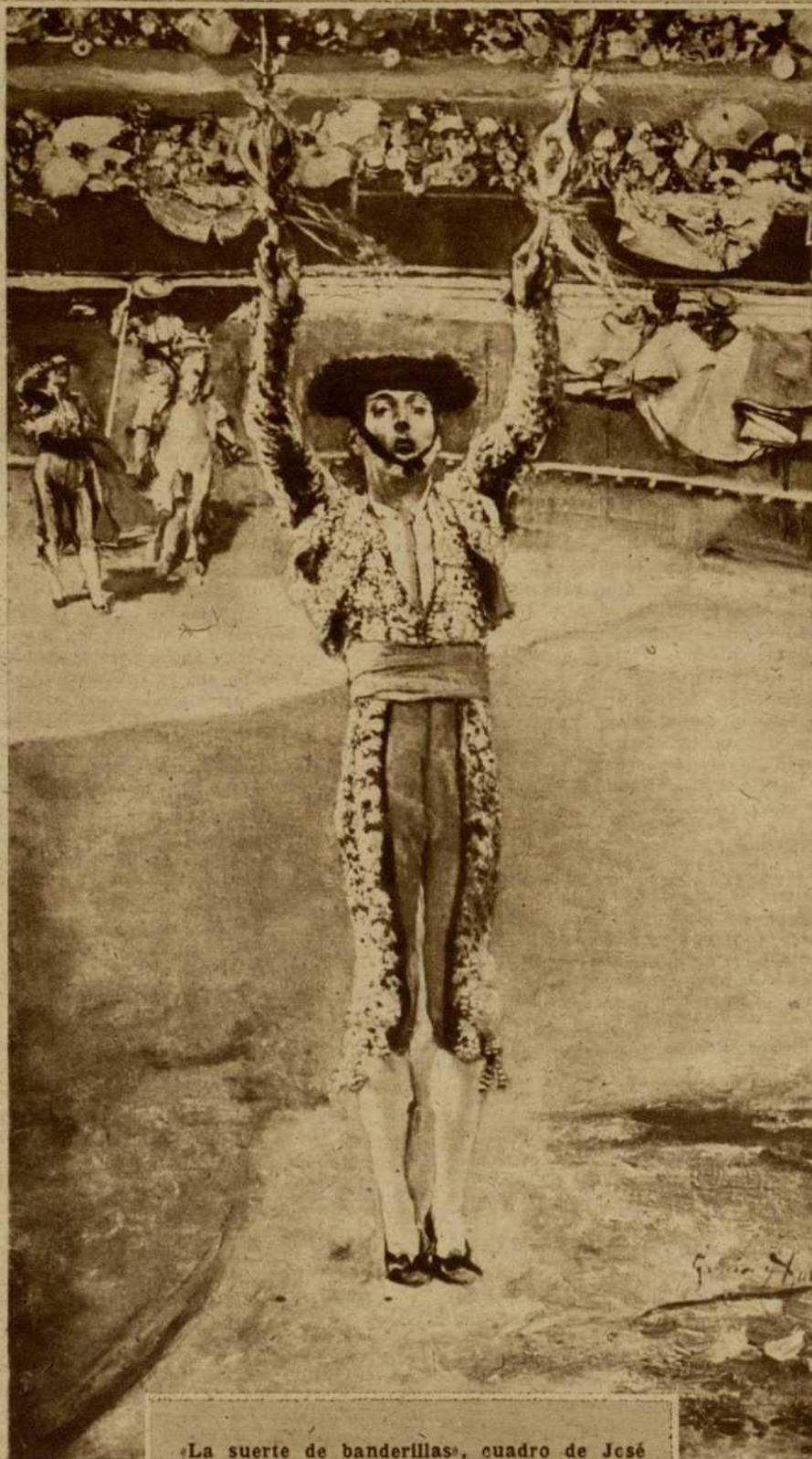


ANTONIO DIAZ-CARABATE

Los toros, los toreros y el pintor García y Ramos

SEVILLA. Año 1852.

Se inicia la segunda mitad del discutido y al fin de cuentas elogiado siglo XIX, cuando viene al mundo José García y Ramos, pintor ante todo y sobre todo, pintor por lógica y nativa inclinación artística, ferviente enamorado de su tierra andaluza, que habrá de reflejar incansable en sus lienzos como denominador común de todas sus ansias emocionales y sensitivas. Toda su vida fué un culto apasionado hacia el arte y una devota sumisión y pleitesía para su tierra, la tierra dorada y bendita de María Santísima. No hay, a lo largo de los sesenta años que miden su existencia, un solo desmayo o flaqueza artística, como no la hay tampoco de su recio y bien templado espíritu hispanista. Nunca se siente García y Ramos más español que en sus correrías artísticas por Europa. Si es verdad que el arte, la pintura, le lleva, no sin algunos sacrificios, a visitar tierras extrañas; pero ni la grandiosidad artística e histórica de Roma, la belleza especialísima de Venecia, el encanto subyugador de Nápoles, ni el hechizo del venenoso cosmopolitismo del encantador París, logran debilitar lo más mínimo sus nostalgias ibéricas y su admiración entusiasta por el arte magnífico de la vieja España. Ha pasado, no obstante, no pocas horas en el Museo Nacional de Roma, extasiándose ante tanta obra magnífica; ha recorrido las salas del Museo y de la Galería Borghese, admirando el «Descendimiento de la Cruz», de Rafael; «Dánae», de Correggio; «Amor sagrado y amor profano», del Tiziano; «La Virgen con el niño», de Botticelli, y «El rapto de Proserpina», «David», «Apolo y Dafne», de Bernini, y las maravillas de Canova. Y de allí, en ininterrumpida visión artística, al Coliseo y al templo de Venus Genitrix, al templo de Vesta, los mercados de Trajano, para asomarse al fin desde la explanada del Pincio, mirando la panorámica de una Roma levantada sobre los históricos escombros de un ayer que marcó la trayectoria civilizadora de los pueblos de Occidente. La grandiosidad de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina conmueve tanto a García y Ramos, que por un momento siente el vértigo aniquilador del arte. La eterna verdad de la plástica y del color le ha sobrecogido de tal forma, que no tiene palabras para expresarse. «El juicio universal» le fascina de tal modo, que tarda un rato en poder emitir su juicio a la persona que le acompaña. Y luego, «La creación» y «La caída y la expulsión del Paraíso terrestre»; más tarde, «La sibila Delfica». Lo que ha de ver después de «intimar» con Miguel Ángel, ya sólo será un refrendo de su impresión sobrecogedora y fascinante. «La escuela de Atenas», «El milagro de Bolsena», y sobre todo «La disputa del Santo Sacramento», no



«La suerte de banderillas», cuadro de José García y Ramos, existente en el Museo Provincial de Bellas Artes de Sevilla

harán sino consolidar su honda dedicación a la pintura. Cuando da ya vista a la Venecia un tanto misteriosa y subyugante, su punto de vista creativo está ya logrado. Ha captado el ambiente desde el primer momento. La visión siguiente tal vez tenga ya tan sólo el interés y el incentivo curioso del turista o del viajero, porque la simiente espiritual, impulsadora de la obra artística, está dando ya su fruto, formándose y abocetándose en su cerebro. Es decir, que su célebre cuadro «El Rosario de la Aurora» está ya en embrión, realizándose imaginativamente. Por eso cruzará el veneciano puente «Rialto», el «Delle Quattro Guglie» o el ágil y esbelto de la Academia con aires más o menos indiferentes, de viajero que todo lo ve y nada le

sorprende. Tan sólo, si, vuelve a sentir la emoción artística cuando en el Palacio Ducal, al alzar su vista al techo, descubre el «Triunfo de Venecia», de Pablo Veronés, y «Ariana y Baco», de Tintoretto, o en la Iglesia de Santa María Gloriosa Dei Frari contempla «L'Assunta», del Tiziano. Italia será el gran maestro de su arte, porque aprenderá el origen de la pintura y el esplendor glorioso de los colores. Ha tenido García y Ramos buenos maestros. Desde Eduardo Cano al virtuosismo pictórico del gran Jiménez Aranda, que lo forma, lo moldea, le instruye en el arte para el que García y Ramos, indiscutiblemente, ha nacido. De regreso de Roma, París le retendrá un tiempo.

Tras el clasicismo, después de la apoteosis pictórica que ha presenciado en Italia, Francia; el ambiente es como el éter, que le reanima y le vuelve a la vida presente. En París ya bebe en otras fuentes. Ha sido un salto demasiado brusco, porque del academicismo deslumbrador de los tiempos antiguos salta, sin transición, al modernismo vanguardista de los que ya se inician como renovadores del arte, de un arte mixtificado, anodino y complejo, que quiere ocultar sus propias debilidades internas y formativas con una concepción futurista, «snobista», carente, las más de las veces, de todo sentido artístico. Pero García y Ramos no se deja sugestionar por «este» enredo pictórico. El sigue su ruta, la que le ha marcado su intuición, su instinto, y la complementaria que le han dado sus maestros. Al mismo tiempo, París, la vida encarnadora de la «Cité lumière», borra el último vestigio de la tranquila y sedativa Roma. El hombre, el pintor español, vuelve a encontrarse a sí mismo al cruzar la frontera, y el arte, fundiéndose al españolismo —españolismo sevillano— de García y Ramos, va a dar desde ahora su verdadero fruto. Profesor de la

Escuela de Artes Industriales de Sevilla, García y Ramos se dedicará por completo, enteramente, al difícil y agradecido arte de la pintura. Y así surgirán cuadros y más cuadros y más cuadros, donde Sevilla, hábilmente trasplantada, cantará con sus gamas de mil colores el hechizo de sus inigualables costumbres. Y puestos ya en Sevilla, vendrán los toros, los toreros y los lances en el ruedo o interior de la Plaza. Toros y toreros hábilmente reflejados, porque García y Ramos siente una gran afición por la Fiesta. Y la siente por español, por sevillano y por artista. Cuando, en 1912, muere, en la misma Sevilla natal, el pintor José García y Ramos, sus cuadros, tan notables como numerosos, tienen ya una cotización que pregona a los cuatro vientos su maestría.



Temeridad de Martincho en la Plaza de Zaragoza. (Dibujo de Goya, de la serie «La tauromaquia»)

(Foto M. Sánchez de Palacios)



Fernando d'Oliveira

ENDIQUE
SECURA